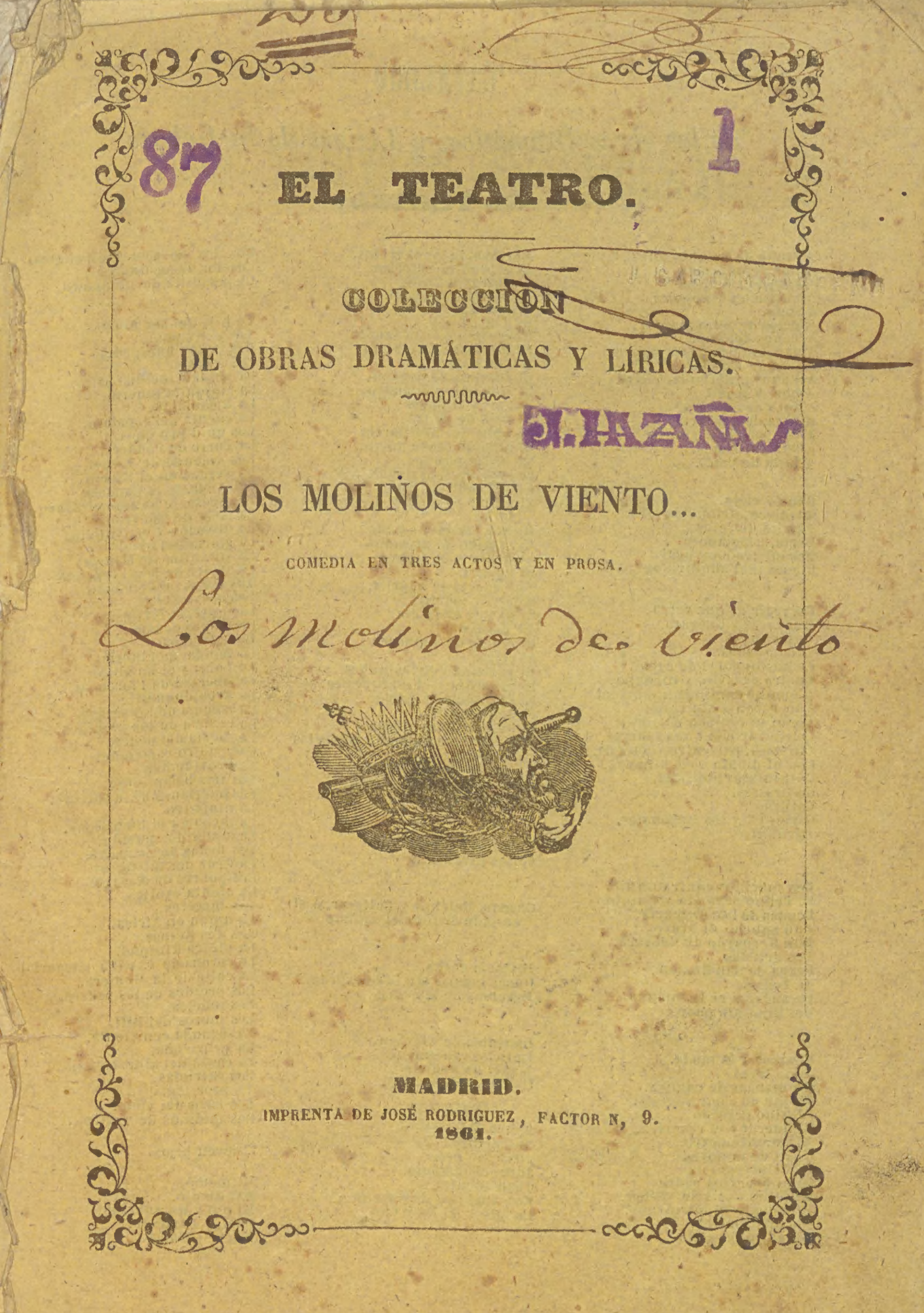


EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LOS MOLINOS DE VIENTO...

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

Los molinos de viento

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR N, 9.
1861.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galería

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Cómo se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El querer y el rascar....
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.

La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los Amantes de Teruel.
La verdad en el Espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La Cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en África.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegoría)
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
La peor cuña.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento...

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.
Marta y María.

LOS MOLINOS DE VIENTO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ESCRITA

POR D. MANUEL ORTIZ DE PINEDO.

Representada por primera vez en el teatro de Variedades el dia 7 de Febrero de 1861.

Al distinguido autor Joaquin Garcia Parreño

El autor

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1861.

PERSONAJES.	ACTORES.
EUGENIA	DOÑA MARIA RODRIGUEZ.
LA CONDESA DEL HUERTO	DOÑA ROSA TENORIO.
MATILDE	DOÑA N. BAUS.
ANTONIO	D. JOAQUIN ARJONA.
D. BLAS CEREZO	D. ENRIQUE ARJONA.
LUIS	D. VICTORINO TAMAYO.
JUAN.. } criados.	
PEDRO } criados.	

NOTA. El pensamiento de esta comedia está tomado de otra francesa.

ACTO PRIMERO.

Gabinete amueblado con lujo. Puerta grande en el fondo: dos laterales, una á la derecha, que dá á las habitaciones de Antonio, y otra á la izquierda, á las de D. Blas. Un velador en el centro con recado de escribir. En primer término un sofá.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO.

Al alzarse el telon, Antonio, aparece con una lujosa bata, tendido en el sofá, saboreando un cigarro habano y entreteniéndose en seguir con la vista las espirales del humo. Pausa breve.

¡Ah! qué dulce placer es el del cigarro... sobre todo cuando se trata de un habano legítimo... de un hijo de la preciosa Antilla. Fuera de esos casos, el fumado es el fumador, el consumido el que consume... Su aroma es la mas esquisita de las esencias... El humo que asciende suavemente y se desvanece poco á poco en el espacio, como nuestras ilusiones y nuestros proyectos... la mayor de las delicias... ¡Cómo convida á la meditacion!... Á través de ese azulado prisma veo yo surgir las mas dulces visiones... La riqueza que desciende hasta mis manos sin trabajo y se vá de la misma manera... fiestas que no cansan... ¡todo... todo! ¡El reposo, el adormecimiento, el olvido!... Decididamente el ci-

garro es el complemento de la indolencia española... En estos momentos me creo libre hasta de mi mujer.

ESCENA II.

DICHO, D. BLAS, MATILDE. Entran en traje de camino, precedidos de un criado, á quien don Blas hace señal de que no los anuncie.

ANT. (Sin levantarse.) ¿Quién es? ¿Alguna de mis visiones encantadoras?...

BLAS. (Tocándole en la espalda.) ¡Antonio!

ANT. (Sacudiendo su pereza.) ¡Qué veo! ¿Tú por aqui?... (Levantándose al ver á Matilde) ¡Tu hija!... ¡Jesus, qué alta!

BLAS. ¿Pero qué diablos hacias ahí tendido?

ANT. Soñaba con un placer y al despertar me he encontrado con otro... con el de verte. Mi querido Blas, ¿qué viento te trae por la córte? Yo te creia enterrado para tiempo en tu escribania de Sigüenza. ¡Qué gran sorpresa!

BLAS. (Con embarazo.) Ya te hablaré... Mi hija se moria de fastidio.

MAT. ¡Yo!... yo no me fastidio estando á tu lado.

BLAS. ¿Y tu mujer? Deseo verla.

ANT. Buena. Voy á decir que la avisen. (Se dirige á tirar de la campanilla.)

MAT. (Interponiéndose.) No incomode usted á nadie; quiero yo sorprenderla... Corro á darla un abrazo... (Á Antonio.) Mi papá trae unos proyectos... ¿Y su primo de usted Luis, está aqui?

ANT. Si.

MAT. ¡Ah, cuánto me alegro! (Váse corriendo por la izquierda. D. Blas se dirige con avidez á los periódicos que hay sobre el velador.)

ESCENA III.

D. BLAS, ANTONIO.

ANT. ¡Ah! siempre con la misma aficion. Deja esos malditos papeles.. Yo te creia ya curado de tu manía, político de campanario!... ¿Á qué vienes á la córte? ¿Á murmurar del ministerio? ¿Á contemplar de cerca la pequeñez de nuestros grandes hombres?... Desde que te metiste en

el último pronunciamiento tienes un molino en la cabeza, que el viento de la política hace dar vueltas... y vueltas... ¿Qué deseas ser?

BLAS. Yo no deseo nada... si mi pais exige el sacrificio de mis comodidades, de mi reposo...

ANT. Tú te sacrificarás aceptando algun alto empleo... un gobierno de provincia. ¡Já, já! En esta época de abnegacion no hay nadie que no esté dispuesto á esta clase de sacrificios. Juan, aquel muchacho de tu pueblo, que perdió la carrera, ha tenido que resignarse con tres ascensos seguidos.

BLAS. Tú siempre excéptico, burlon... Si yo vengo, es llamado por nuestros amigos.

ANT. Pues no me han dicho nada.

BLAS. Todos me han escrito que ha llegado la ocasion oportuna...

ANT. ¿Cuentas con algun ministro?

BLAS. Cuento con la opinion pública.

ANT. Mala influencia. Es la señora que mas desaires recibe al cabo del dia.

BLAS. Pues ella es la que me obliga á salir de mi retiro... á romper con esa vida estéril. Yo me debo á mi patria...

ANT. Yo no debo á nadie...

BLAS. No puedo ya sufrir ese flujo y reflujo que lleva al poder á tanto ignorante, á tanto advenedizo sin méritos, sin estudios... ¿Cuándo se han visto tantos hombres ineptos ocupando los puestos importantes?

eleva

ANT. Chico, sobre poco mas ó menos, siempre ha sucedido lo mismo. Los destinos públicos tienen algo de la loteria... casi todos juegan; pero los grandes premios no suelen tocar á los que mas lo merecen.

BLAS. Cuando yo comparo á algunos empleados á quienes conozco conmigo, encanecido en el estudio...

ANT. De las escrituras públicas...

BLAS. De la política. Conmigo, que llevo diez años suscrito á periódicos de ideas opuestas...

ANT. Ya me explico por qué has perdido el juicio...

BLAS. ¿Te burlas? ¿Es decir que tú me crees inferior á tanto incapaz?

ANT. No, si yo creo que lo que te obliga á pretender un alto puesto, es el deseo de mejorar la situacion del pais; pero estoy seguro que si te le dan, solo mejorarás la tuya

propia... ¿Con que llegarás á ser gobernador?

BLAS. Lo espero. ¡Ah! tú, por tu carácter indolente, por tus gustos, por la vida de sibarita que haces, frívola, ligera, no comprendes esa sed que abrasa, que devora, esa necesidad de subir, de subir siempre, de conseguir alguna parte del poder, de leer nuestro nombre en la *Gaceta* adornado con algun nombramiento, de mandar cuando está uno cansado de obedecer á todo el mundo. Yo tengo prestados grandes servicios, yo puedo gobernar una provincia.

ANT. (Un hombre que ha empezado por desbaratar su casa.)

BLAS. Un gobierno es una puerta para los altos empleos... ¿Quién te ha dicho que yo no puedo llegar á ser consejero de estado?

ANT. (Lo que es por el sexo hasta arzobispo.)

BLAS. ¿Qué contestas?

ANT. Que conozco tu enfermedad. Tengo en mi familia un caso muy grave. Mi mujer está peor que tú...

BLAS. ¡Cómo! ¿qué quieres decir?...

ANT. Que padece de lo mismo... Y en las mujeres el mal hace unos estragos terribles... Tú sabes que cuando me casé acababa de morir su padre, que era un rico comerciante de ultramarinos... Eugenia se ha educado en un colegio con gentes de otra clase... Allí ha respirado ese aire de la ambicion que hoy trastorna tantas cabezas... Apenas se vió en posesion de su fortuna, avergonzada de verla representada por tantos sacos de azúcar, me obligó á convertirla en metálico y á emplearla en papel del Estado... En los primeros meses se entretuvo en montar nuestra casa con lujo; lacayo, carruaje. Yo la dejé hacer, pero á poco empezaron sus quejas sobre nuestra oscuridad. Nos dimos á frecuentar algunos salones; la fiebre de la vanidad se fué apoderando de ella, y hoy convertida en una pretendiente furiosa, trae revueltos á todos sus conocidos para conseguirme un empleo... que tenga sobre todo un gran uniforme.

BLAS. Y tú entre tanto, ¿qué haces?

ANT. ¿Yo? temblar... es muy posible que se salga con la suya. ¡Es tan fácil cometer una injusticia!

BLAS. Con tal que tú seas colocado, ¿qué importa?...

ANT. Es lo que ella dice... Y mientras llega el gran suceso, vá y viene, hace y deshace, como si yo no existiera....

En fin, un dia de estos espera levantarse gobernadora.

BLAS. ¡Gobernadora!

ANT. Si, un gobierno es el empleo que á ella tambien le agrada. ¡Ah! entre mi mujer y tú hariais un hombre de estado completo.

BLAS. Y te quejas de que tu mujer te quiera hacer feliz.

ANT. ¡Feliz! ¿Pues qué no lo soy? La ambicion la ciega. Rico, independiente, disfrutando de mis rentas, mi vida es un contínuo placer. Mientras mi mujer se desvive pretendiendo, yo corro por mi querido Madrid, donde á cada paso encuentro un nuevo entretenimiento... Un amigo á quien hace tiempo que no veia, otro con quien almuerzo, las tiendas, los paseos, el café, el tresillo, un círculo de conocidos, gentes todas de talento... literatos y artistas que necesitan quien los escuche, y que mientras yo fumo me recitan sus obras, me cuentan sus proyectos y me hablan mal de todos sus compañeros. Los teatros: yo asisto á todos los estrenos; no hay un solo triunfo ni una silba de que yo no sea testigo... Las cámaras, los discursos de oposicion, el calor con que habla en favor del absolutismo el que hace algunos años se desgañitaba gritando libertad. Acostumbrado á esta vida amena, variada, alegre, sacarme de mi Madrid, obligarme á romper con ella, seria asesinarme.

BLAS. ¿Pues entonces por qué no te opones á los proyectos de tu mujer? ¿Por qué la dejas?

ANT. Por indolencia, por abandono, y porque no hay nada que yo odie tanto como una querella doméstica. Todo lo prefiero á un disgusto, á una riña; yo amo á mi mujer y no me atrevo á contrariarla. Ademas, ya no es tiempo, el capricho ha tomado un vuelo... ¿Querrás creer que ha querido hacerme diputado?

BLAS. ¿Á tí?

ANT. Fué una cosa muy graciosa. Hace dos meses vacó en Guadalajara un distrito por haber recibido un ascenso el diputado que le representaba. Mi mujer tiene en la capital un tio confitero, que hace excelentes bizcochos por cierto; le escribió presentando mi candidatura, me obligó á ir allá á celebrar una reunion con los amigos del tio; les dí una gran comida, y en los postres les

pronuncié un discurso...

BLAS. ¿Improvisado por tí?

ANT. No, escrito por mi mujer. Todos me ofrecieron su voto. Llegó el dia de la eleccion: Eugenia redobló sus esfuerzos. «En las urnas, gritaba la pobre, se decidirá la cuestion. Allí sabrá el gobierno quién eres.» La cuestion se decidió, y...

BLAS. ¿Y cuántos votos alcanzaste?

ANT. Dos: el de mi tio y el de un sastre que me debe diez mil reales.

BLAS. ¡Já, já! pero esa es una locura...

ANT. ¡Silencio! (Mirando á la derecha.) ¡Mi mujer!

ESCENA IV.

DICHOS, EUGENIA.

BLAS. (Dirigiéndose á ella.) Señora...

EUG. ¿Habernos sorprendido así?... sin avisar... Matilde está desconocida. (Observándole.) ¿Y qué pretension le trae á usted por aquí?

BLAS. ¡Un negocio! Los amigos se han empeñado...

ANT. (Dále con los amigos.)

EUG. Matilde me ha dicho que ha levantado usted la casa.... ¿Piensa usted casarla? Entre nosotros no hay para qué guardar el secreto. Vamos, ese es el objeto del viaje...

BLAS. (Reservándose.) No, mi hija es muy niña todavia.

EUG. ¡Ah! entonces ya caigo. ¿Viene usted á solicitar alguna plaza vacante? ¿Eh?

ANT. (¡Já, já! Tiene miedo de que se anticipe... ¡Esto es delicioso!)

BLAS. No sé de ninguna que haya vacado. ¿Tiene usted noticia de alguna?

EUG. Matilde se ha puesto muy linda.

ANT. Será preciso casarla con mi primo Luis... Ya se conocen. Es un excelente chico.

BLAS. ¡Un loco! Me han dicho que ha renunciado su plaza de secretario de un gobierno.

ANT. Sí, por la literatura... Ha compuesto un drama... Los versos y las aventuras con las grandes señoras le van á hacer perder la cabeza.

BLAS. Haber dejado un puesto tan á propósito...

EUG. Es verdad, para ser gobernador...

ANT. Yo recuerdo que ellos se han amado cuando chicos... el casamiento le haria recobrar el juicio...

EUG. Cuando este consiga la plaza que pretendemos... entonces yo me encargo de que Luis...

ANT. ¿Nuestro amigo Blas aspira tambien á un alto puesto?...

EUG. ¡Cómo! usted... Ya decia yo...

BLAS. Si... por qué he de ocultarlo... Tengo ambicion... y por eso me duele tanto que ese muchacho haya abandonado su carrera...

EUG. Ha sido una desgracia.

BLAS. Yo deseo que mi yerno honre á la familia... que tenga un título...

EUG. Es muy justo...

BLAS. Unido conmigo... aumentaria mi importancia... El ministerio tendria que respetarnos .. que temernos...

EUG. (Á Antonio.) Ya ves... esto es lo que se llama pensar... comprender los negocios... ¿Qué dices?

ANT. Que yo no entiendo de eso; pero me parece muy ingeniosa la idea de formar entre el suegro y el yerno una sociedad civil... de oposicion... que podria llamarse... *Don Blas y compañia.*

BLAS. Ya saliste con una de tus chanzas pesadas...

EUG. Siempre lo mismo... No hay medio de hacerle que tome las cosas por lo sério. Todo su gusto consiste en contrariar mis proyectos... Indolente... sin ambicion, no puedo hacer carrera de él.

ANT. No te disgustes... Ya sabes que te he dado plenos poderes para que hagas de mí lo que quieras.

BLAS. Y has hecho bien...

EUG. ¡Qué buen sentido!... Gracias á Dios que encuentro quien me dé la razon... ¿No es verdad que podria ser feliz?...

ANT. Pero, mujer, si yo no sirvo...

EUG. Esa modestia ridícula me hace daño. (Á D. Blas.) ¿Usted cree que Antonio no puede gobernar una provincia?

BLAS. ¡Una provincia! Diré á usted; ese es un cargo difícil...

EUG. Por su timidez no se sienta en los escaños del Congreso...

ANT. No; por falta de electores...

EUG. ¡Calla!... Acabamos de sostener una gran lucha con el gobierno... La influencia moral nos ha vencido; pero he-

mos alcanzado una minoria muy notable.

ANT. (Enseñando dos dedos á Blas.) ¡Soberbia!...

EUG. Y aunque nadie nos ayude él subirá... El gobierno ha empezado á conocer lo que valemos, y tendrá que transigir...

ANT. (¡Pobre de él si no lo hace.)

BLAS. Yo me alegraré mucho de que asi suceda... Usted podrá tenderme una mano...

EUG. (Con énfasis.) No me olvidaré de usted... (Observándole.) ¿Pero usted no se ha fijado todavia en ningun puesto?... Á usted le convendria el ramo de Hacienda...

BLAS. (Con recelo.) No me he resuelto todavia... Hoy tengo que ver á algunos amigos antiguos... y ya pensaré...

EUG. El de Hacienda es un ramo muy bonito...

ANT. Y el de Marina...

JUAN. (Anunciando.) La señora Condesa del Huerto...

EUG. ¡Ah! La Condesa, á quien estoy esperando.

BLAS. ¡Del Huerto! Hay un gobernador que lleva ese título...

EUG. Si, un hombre sin genio... sin méritos... inepto... Es un escándalo que ocupe ese destino; pero es un viejo intrigante...

BLAS. ¿Y su mujer?...

EUG. Frívola... ligera... no piensa mas que en modas...

ANT. ¿Es tu amiga?...

EUG. Intima.

ESCENA V.

DICHOS, la CONDESA.

COND. (Entrando.) ¡Mi querida Eugenia!...

EUG. (Besándola.) ¡Condesa!...

COND. ¡Despues de un año de ausencia!... ¡Qué placer!... Estos caballeros... ¡Ah! ¡tu marido!...

ANT. Señora...

COND. He venido á interrumpir...

BLAS. Yo me despedia...

ANT. Permítame usted que me retire avergonzado de haberla recibido asi... Y el señor gobernador... ¿ha venido con usted?...

COND. No; llegará dentro de unos dias. (Antonio saluda y se vá por la derecha.)

BLAS. (Al irse por el fondo.) Hasta luego.

ESCENA VI.

EUGENIA, la CONDESA.

EUG. Al fin te volvemos á ver tan bella, tan elegante... Madrid es tu centro... ¿Y dejas para mucho tiempo á Soria?

COND. Para mucho...

EUG. ¿Pero tendrás que volver?...

COND. No soy ya gobernadora...

EUG. ¿Han dejado cesante al conde?

COND. Al contrario... en recompensa de sus servicios... de su celo... de su talento... viene á Madrid con un gran destino... Ahora si que podremos servir á nuestros amigos...

EUG. Querida mia, siéntate. ¡Debes sentirte dichosa!... ¡Qué fortuna!...

COND. No; tú sabes que jamás me han llamado la atencion las grandezas oficiales... Cuando nos educamos en el colegio, cada una tenia sus gustos... Tú delirabas por los honores... por una posicion aristocrática... yo por las blondas... por el lujo... Yo sigo lo mismo, y tú creo que no habrás cambiado... Cuando el conde me ofreció su mano... yo era libre y pude rehusarla... Si accedí á sus ruegos, á pesar de los años que me lleva, no pienses que fué por su título y por su gobierno... Yo era pobre... me pretendia entonces un chico sin fortuna... Mi familia decidió, y yo encontré en mi matrimonio un título de condesa y un brillante equipaje... Mi marido satisface todos mis caprichos, por caros que sean, y vivimos felices. ¡Es tan bueno!... paga todas mis cuentas sin decir una palabra... Un solo disgusto tenia... el de vivir fuera de la córte... pues no ha parado hasta conseguir que lo traigan aqui... y todo con el mayor desinterés... y acaban de nombrarle senador... consejero de Estado... y gran cruz de Cárlos tercero.

EUG. ¡Tres gracias de una vez! ¿Y él?...

COND. Se ha resignado.

EUG. (Y siendo gobernador se puede llegar...)

COND. ¡Qué gran invierno me espera!...

EUG. (Él la llevará del brazo ..)

COND. Voy á encargarme seis trajes...

EUG. (¡Ah! un gobierno es el escalon ..)

COND. ¿Pero no me escuchas?...

EUG. Di, el destino que ocupaba tu marido, ¿ha sido ya dado ó prometido?

COND. Supongo que no, porque todavia no han aparecido en la *Gaceta* los tres nombramientos.

EUG. (Con extraordinario júbilo.) ¡Ah! Dios es quien te envia... ¡Qué feliz puedes hacerme!... Mi marido está apuntado para el primer gobierno que vaque.

COND. ¿Y piensas en el nuestro?

EUG. ¿Quién lo duda?... El conde es menester que por el telégrafo indique al ministro...

COND. Te advierto que Soria es poblacion mas á propósito para aburrirse...

EUG. No importa... Yo tengo mi plan, y es menester que me ayudes... Mi posicion me pesa... me humilla... Estoy ya cansada de no ser mas que... esposa de mi marido.

COND. ¿Y vas á abandonar á Madrid?

EUG. Si... este Madrid, donde me reciben en los salones con una sonrisa burlona y desdeñosa... donde encuentro á todas mis compañeras de colegio casadas con hombres tan encopetados... tan orgullosos... Julia, es generala... Eugenia, senadora... Antonia, consejera... la tonta de Luisa, superintendenta... y Paquita directora de consumos y estancadas.

COND. Y yo gran cruz de Cárlos Tercero.

EUG. Y yo nada... nada mas que simple electora. Yo necesito que mi marido tenga un título... una vez en camino él subirá. Antes que todo es menester que guardes el secreto... ¿No se le has revelado á nadie?

COND. Solamente á tí.

EUG. Cuidado no te se escape. Las antesalas ministeriales estan llenas de ambiciosos que andan á caza de desgracias y de dimisiones, para arrojarse sobre una vacante como los buitres sobre carne muerta. Si adivinasen siquiera... comprometerian al ministro...

COND. ¿Y tú deseas anticiparte?

EUG. Cuento ya con su promesa, y voy volando á prevenir á todos los amigos...

COND. (Con embarazo.) Yo creia al principio que deseabas

la plaza para el primo de tu marido... para Luis... Eso seria mas fácil, porque debe ser ya secretario...

EUG. No, es un loco; acaba de renunciar su destino. Es ademas muy jóven...

COND. Si; yo le conocí en el colegio... cuando iba á verte.

EUG. Si, ya recuerdo.

COND. ¿Me han dicho que se casa?

EUG. Te han engañado.

COND. ¡Ah!... ¿de veras?

EUG. (¡Pobre chica, cómo se acuerda!)

COND. Yo tambien te dejo... Voy á avisar á mi marido... Hablaré á algunos amigos. Ya sabes que puedes contar conmigo.

EUG. Por Dios que guardes el secreto... Y en casa no hables de esto sino cuando me veas sola.

COND. Adios.

CRIAD. (Anunciando.) El señorito Luis.

COND. ¡Ah!

ESCENA VII.

DICHAS, LUIS.

LUIS. (Á Eugenia.) Vengo... (Al ver á la Condesa.) ¡Condesa!...

COND. ¡Caballero!... (Momento de embarazo.)

EUG. (Será preciso acudir en su socorro.) (Á Luis.) La Condesa vuelve á Madrid.

LUIS. ¿Por mucho tiempo?

EUG. Para siempre.

LUIS. ¿Es posible? ¡Cuánto me alegro! Usted no puede vivir mas que en la córte. Su ausencia de usted se siente en todas partes. Nuestras fiestas, nuestros bailes, nuestros salones vuelven á recobrar su reina.

COND. (Con una emocion contenida.) Caballero, yo espero al señor Conde, mi marido; yo no sé lo que él decidirá. Su edad acaso le haga huir del ruido... no le permita... Él me dirá si gusta de las fiestas y si quiere acompañarme á los bailes. Es mi esposo, yo le amo, y no puedo ser dichosa sin él. (Á Eugenia.) Adios, voy á ocuparme de tí. Caballero...

LUIS. ¡Ah! permítame usted (Alargándola la mano.) que la acompañe...

COND. ¡Gracias! Quédese usted con su prima. (Sale: Eugenia la acompaña.)

ESCENA VIII.

LUIS, EUGENIA, luego el CRIADO, despues la DONCELLA.

LUIS. ¡Ah, qué mujer de hielo! ¡Y yo que la hablaba temblando de amor y de emocion! ¡Qué pronto ha olvidado!... (Á Eugenia.) ¡Ah, prima!...

EUG. (Llamando á los criados.) Si, ya sé que tú la amabas cuando estaba en el colegio. Entonces era libre...

LUIS. Y ahora... casada con un viejo...

EUG. Lo que debes hacer es olvidar esas locuras.

LUIS. (¡Yo la volveré á ver!)

EUG. Luis, tengo necesidad de que me ayudes... (Á Juan, que entra.) Al señorito que venga en seguida. (Vuelve á llamar.) El negocio es muy secreto; pero para tí, que eres de la familia... (Á la doncella, que aparece.) Un sombrero... mi abrigo...

LUIS. ¿Pero de qué se trata?

EUG. De un complot muy sério que la Condesa y yo acabamos de urdir. ¿Quieres ser nuestro cómplice?

LUIS. ¡Ah, asi podré verla! Habla... ¿qué debo hacer? ¿Es preciso llevar algun recado á su casa?

ESCENA IX.

DICHOS, ANTONIO.

ANT. (Vestido y con el sombrero en la mano.) ¿Qué ocurre? (Á Luis.) ¡Hola, primo! Me voy á pasear por las calles...

EUG. ¡Qué oportunidad! Pensar en paseos y en el café en estos momentos supremos en que se acerca la realizacion de nuestras esperanzas... Ya hemos empezado á pisar el camino de los honores, de los triunfos, de las grandes cruces!

ANT. ¿Qué dices?

EUG. Cuidado con que te se escape una palabra de lo que vas á oir.

LUIS. Habla, prima, ya estamos solos.

EUG. (Con mucha emocion.) La Condesa me acaba de decir... ¡Jesus! estoy tan agitada... ¡Dios mio, qué débil soy!

LUIS. ¡Pero estás temblando!

EUG. Es de felicidad.

ANT. (Yo tiemblo de miedo.)

LUIS. ¿Lograremos saber de qué se trata?

EUG. El conde del Huerto, cediendo á los ruegos de su mujer, deja el gobierno de Soria.

ANT. Bien, ¿y qué?

EUG. Que puesto que él le deja, es menester que tú le ocupes.

LUIS. Nada mas justo.

ANT. (¡Me han muerto!)

EUG. Esta vacante es todavia un misterio, nadie la conoce. Es preciso callar, solicitarla sin que lo sienta la tierra, ver á nuestros amigos de influencia, y conseguir hoy mismo el nombramiento.

ANT. ¿Pero no seria mejor que Luis pretendiera la plaza? Ha sido ya secretario... su ascenso es natural... Tiene derechos adquiridos ..

LUIS. (Con aire patético.) ¿Yo volver á manejar expedientes? ¡Nunca!

ANT. Es verdad, no me acordaba que tú tambien tienes tu molino en la cabeza. ¿Cuántos dramas has compuesto desde que no nos vemos? ¿Á cuantas amas en silencio?

EUG. Déjate de bromas... Luis nos ayudará con sus relaciones. El ministro te estima, ya lo sabes.

ANT. (¡No le he visto en mi vida!)

EUG. Yo dispongo de su secretario particular.

ANT. ¡Tú!

EUG. Su mujer es mi amiga íntima. Acordemos nuestro plan. Luis, á recordar á la Condesa su compromiso...

LUIS. Es verdad.

EUG. Tú, á casa de nuestro diputado... Nos debe su eleccion.

ANT. No, mujer, se la debe al gobierno.

EUG. Yo á casa de la generala, despues veré á la directora, y luego á la superintendenta. Los tres en marcha. Que dentro de unas horas sepa el mundo lleno de asombro que habia una vacante y que nos la hemos llevado.

ANT. (¡Qué molino!) Pero, mujer, por última vez te ruego que tengas compasion de mí. ¿Qué tratas de hacer conmigo?

EUG. Un gobernador de Soria.

ANT. Bonito pais para adquirir ictericia. ¿Pero qué títulos tengo yo?...

EUG. Los mismos que otros.

ANT. (Eso es cierto.) Vamos, yo me resisto...

EUG. Antonio, no me des un pesar...

LUIS. Tiene razon Eugenia.

ANT. ¡Tú si que la has perdido!

EUG. ¿Quieres seguir malgastando el tiempo? ¡Indolente!

ANT. Si es por eso yo buscaré una ocupacion cualquiera... Me haré agente de negocios...

EUG. ¡Bonita ocupacion!.. Nada, nada, voy á vestirme... Espérame aquí.

ANT. (No hay medio. El médico á palos...)

LUIS. ¡Yo corro de tu parte á ver á la Condesa!...

ANT. (Al verlos salir.) Me dan ganas de gritar. «¡A esos!... ¡á esos!... ¡que los aten!... ¡que estan locos!»

ESCENA X.

ANTONIO, luego D. BLAS.

¡Pues señor, héme aquí desesperado porque la felicidad se me entra por las puertas!... Esclavo en perspectiva, es menester que pretendas... que intrigues... ¿y para qué? Para ser gobernador... para abanbonar tu casa... tus comodidades y este alegre Madrid, donde pasas tan dulcemente la vida. Y será preciso que me haga uniforme y que esté sério en los dias de ordenanza... y que vaya á Soria... á la patria... ¿de quién?... creo que Don Simplicio Bobadilla. Maldita mania de empleos y de honores... ¡Es ya una enfermedad nacional!... (Al ver á D. Blas, que entra muy agitado.) ¡Ah!... (Corriendo á él y colgándose á su cuello.) ¡Blas de mi vida!...

BLAS. ¡Antonio! ¿Pero qué es esto?... ¡Me vas á ahogar!...

ANT. Cállate...

BLAS. ¡Que me calle cuando!...

ANT. ¡Silencio!...

BLAS. ¿Pero quién nos escucha?...

ANT. ¿Dime, quieres ser colocado?...

BLAS. Eso me preguntas...

ANT. ¿Gobernador?...

BLAS. Si; ¿pero no es una broma?...
ANT. Pues anda, corre... vuela... ve á todos tus amigos...
BLAS. Eso acabo de hacer...
ANT. ¿Cuentas con el ministro?...
BLAS. Y con la opinion pública.
ANT. Has de saber que hay un gobierno vacante...
BLAS. ¡Cielos!... no puede ser...
ANT. Calla: mi mujer lo ha sabido y trabaja para que me le den... Es el de Soria...
BLAS. ¡Buena provincia!... ¡Hay unas maderas!...
ANT. ¡Si; de alcornoque!... Es preciso que nadie sepa que me has visto... Sobre todo mi mujer...
BLAS. No lo sabrá...
ANT. En marcha ahora mismo... gana la delantera...
BLAS. Si...
ANT. Mi mujer ha soltado á andar su molino... yo me he empeñado en pararle.
BLAS. Parémosle...
ANT. Que empiece á andar el tuyo... intriga... miente... adula... acosa á todo el mundo... Yo sabré todos los pasos que dá Eugenia y te los diré para que aborten sus planes... ¡Ya te veo con el baston y la faja!...
BLAS. ¡Antonio!... ¡amigo mio!... yo lloro de alegria... ¡Cómo te podré pagar este sacrificio!...
ANT. ¡Tú en mi lugar no le hubieras hecho!...
BLAS. (Confuso.) No... si... es decir...
ANT. Comprendo. Corre á salvar al pais... ¡el presupuesto te llama!...
BLAS. (Se dirige á salir precipitadamente: al ver á Matilde.) ¡Ah! ¡mi hija!...

ESCENA XI.

DICHOS, MATILDE.

MAT. ¿Pero, papá, cuándo nos vamos?
BLAS. Mas tarde...
ANT. (Enpujándolo.) Vete...
BLAS. Quédate aqui...
ANT. ¡Mi mujer!... (D. Blas que llega cerca de la puerta aprieta á correr.)

ESCENA XII.

ANTONIO, MATILDE, EUGENIA.

EUG. (Vestida.) Ea, vamos... (Al ver á Matilde.) ¿Pero tu padre no ha vuelto todavia?...

ANT. (Haciendo señas á Matilde de que calle.) No, todavia no ha vuelto...

EUG. Pero ya no puede tardar... (Á Antonio.) Es menester guardarse de Blas... Tarda tanto porque estará pretendiendo...

ANT. ¡Qué dices!

MAT. (¿Pero de qué hablan?)

EUG. Es un ambicioso... hipócrita... un enemigo que quiere jugarnos una mala partida... Hay que engañarle.

MAT. (¡Qué misterios! ¡Qué casa! ¡entran, salen!)

EUG. (Á un criado que entra.) ¿Está ya el coche? (Á Matilde.) Hija mia, yo no puedo llevarte conmigo. Tu padre vá á venir. Díle que te lleve á pasear, á ver las tiendas, el Museo. (Á Antonio.) Á lo menos, durante ese tiempo no me le encontraré en mi camino.

ANT. Me parece muy bien.

EUG. Ángel mio, en mi gabinete tienes un album... (La empuja hácia él.) Verás cuántos figurines. (Á Antonio.) Tú á casa del diputado: que no dejes de ir.

ANT. Mi palabra.

EUG. (Al criado.) Al Ministerio de la Gobernacion!

ANT. (Al ver salir á su mujer.) ¡Ah! ¡ya estoy libre! ¡Ella al Ministerio, y yo á fumar otro cigarro! (Se tumba en el sofá.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primero.

ESCENA PRIMERA.

MATILDE, luego LUIS.

MAT. (Entrando por la derecha.) No me cabe duda... es él... le he visto desde el balcon dirigirse aqui. Habrá sabido mi llegada y viene á verme. ¡Luis de mi vida!... Cómo tiemblo en pensar que puede entrar de un momento á otro. La última vez que me vió, le parecí tan bonita... Él me lo dijo y me habló de su amor. ¡Ah! ahí está.

LUIS. (Entra por el fondo sin reparar en ella.) Yo creo que me la han negado; pero ya habrá recibido mi carta. ¿Qué me contestará? Ella me ama... Su friaidad era estudiada... una máscara... Mi prima estaba delante y no habia de de descubrirse. Si acude á la cita...

MAT. ¡No ha reparado en mí! ¡Qué preocupado!

LUIS. El recurso es un poco atrevido. Asi sabré de una vez... (Al volverse repara en Matilde.) ¡Ah!

MAT. ¡Oh!

LUIS. Señorita...

MAT. (Gracias á Dios que me ha visto.)

LUIS. ¿Usted por aqui?

MAT. (Me llama de usted.) Desde esta mañana. ¡Cosa mas singular! Todo el mundo ha salido. Mi padre me ha aban-

donado. Me encuentro sola para recibir á usted.

LUIS. (¡Sola! si por una casualidad viniese ahora la Condesa. ¡Qué estorbo de muchacha! ¡Y esta pobre, que me ama!)

MAT. (¡Qué frialdad!...) ¿Es á don Antonio á quien usted busca?

LUIS. (Distraido.) Sí... no... ¡Seria una gran aventura!

MAT. ¡Ah! yo no creia que me hubiese usted reconocido. Ha trascurrido tanto tiempo desde la última vez que nos vimos. ¿Se acuerda usted?

LUIS. Sí... (Alguien viene... ¿Será ella?)

MAT. ¿Qué me decia usted?

LUIS. (Mirándola.) ¡Que la encuentro á usted muy crecida!

MAT. (Con disgusto.) ¡Gracias!

ESCENA II.

DICHOS, ANTONIO.

ANT. ¡Bravo! los dos juntos.

LUIS. ¡Antonio!

ANT. Siento mucho haber llegado á turbar... la casualidad... Continuad, hijos mios, yo me retiraré.

LUIS. No te comprendo.

ANT. ¡Hipócrita!

MAT. ¿Qué quiere usted decir?

ANT. ¡Qué diablos! no hay para qué ruborizarse, yo sé vuestro secreto. Esta mañana he estado hablando con tu padre de eso... Si tú amas á Luis... si ella te agrada... qué cosa mas natural...

LUIS. ¡Cómo!

ANT. Es bonita, rica, la conoces desde niña, y la amas... Sí, no lo niegues.

MAT. ¡Caballero!...

ANT. Vaya una timidez. Venid acá. (Cogiéndolos de la mano y juntándolos.) Yo os uno interinamente. ¡Chicos, que Dios os haga felices!

MAT. (Separándose con violencia.) Permítame usted, Luis...

LUIS. (Separándose tambien.) (¡Qué imprudente!)

ANT. ¿Qué es esto? ¿Os he cogido en un momento de disgusto? ¿acabais de reñir? Pues es menester hacer las paces.

LUIS. (Le hace señas de que calle.) ¿Qué es lo que quieres decir, dramaturgo? no te entiendo.

MAT. El señor quiere decir...

ANT. ¿Qué?

MAT. Que me encuentra muy crecida. (Hace una cortesía, y váse por la derecha.)

ESCENA III.

LUIS, ANTONIO.

LUIS. (Haciendo ademan de seguir á Matilde.) ¡Señorita!...

ANT. ¡Ah! Vamos, ya encuentro la explicacion. ¡Es delicioso! La amas, y cuando la ves al cabo de cuatro años, te ocurre decirla: «Está usted muy crecida.»

LUIS. ¡Qué mirada! La palabra la ha herido...

ANT. Pues aunque fuera de piedra... Los versos te van volviendo tonto! ¿Qué traes ahora entre manos? ¿Alguna zarzuela con su rebaño de ovejas... sus segadores?

LUIS. Tú sí que no sabes lo que te dices. ¡Suponer que yo amo á una chica!

ANT. Eso faltaba, que lo negases. Es un matrimonio que te conviene.

LUIS. Pues es bueno el empeño de quererme casar á la fuerza.

ANT. Pero hombre, si la quieres...

LUIS. Te digo que no.

ANT. Te digo que si.

LUIS. Las pruebas.

ANT. Tú mismo lo has confesado.

LUIS. ¿Cuándo?

ANT. Esta mañana.

LUIS. ¿Dónde?

ANT. En el Cisne, de donde yo vengo.

LUIS. ¿En el Cisne?

ANT. Hazte de nuevas. Acabo de asistir al almuerzo que nos ha dado Quintana. El champagne ha corrido con abundancia, la fiesta ha sido magnífica. Todos gente jóven, de buen humor; ha habido grandes ocurrencias, chistes agudísimos. ¡Se han contado cosas!... Los empresarios, los actores, unos cuantos maridos, algunas mujeres célebres y el gobierno, han pagado el pato. La conversa-

cion estaba ya agotada, cuando Orive, tu amigo íntimo, pronunció tu nombre. Todos comprendimos que se trataba de alguna aventura, le acosamos en masa y con el vaso en la mano, y despues de encargarnos el secreto á unos veinte, nos dijo que estabas muy enamorado, que habias escrito una carta pidiendo una cita, y que esperabas obtenerla.

LUIS. ¡Qué imprudencia!

ANT. Todos creyeron que se trataba de alguna gran señora; pero yo que te conozco mucho, comprendí que era á la pobre Matilde á quien te habias dirigido.

LUIS. ¿Tú supones?...

ANT. No supongo... Llego y te encuentro aqui á solas con esa niña adorable á quien amas.

LUIS. Pues te has equivocado. Es cierto que alguna vez la he hablado de amor, que la he escrito; pero mi corazon pertenece hoy á otra mujer.

ANT. ¡Bravo! ¿Y quién es esa belleza cruel? Sepamos su nombre.

LUIS. Me guardaré muy bien...

ANT. ¿La has escrito una carta?

LUIS. Si.

ANT. Pidiéndola una cita... ¿Y te ha contestado?

LUIS. Todavia no.

ANT. ¡Calavera! ¿es alguna casada?

LUIS. (Con seriedad.) Lo ignoro.

ANT. (Riendo.) Te vas haciendo travieso.

LUIS. ¿Pero cómo es que vuelves tan pronto?

ANT. Estorbo?...

LUIS. No. ¿Pero qué has hecho?

ANT. No lo oyes, almorzar.

LUIS. ¿Y tus pretensiones?...

ANT. ¡Toma! Mi mujer se encarga de eso. Tú esperas á una dama... ella un gobierno... me parece que los dos vais á llevar un chasco...

LUIS. Te equivocas. He visto á un personaje en tu nombre...

ANT. ¿Y qué?

LUIS. Que tú te has empeñado en casarme... y yo en hacerte gobernador.

ANT. ¡Hola! (Tú me la pagarás.)

ESCENA VI.

DICHOS, EUGENIA, *muy agitada.*

LUIS. ¡Mi prima!
ANT. ¡Qué turbacion!
LUIS. ¿Qué traes?
EUG. ¡Ah, nos han vendido!
LUIS. ¿Una traicion?
EUG. ¡Increible, inaudita!
ANT. ¿De veras? (¡Buena la he hecho!)
LUIS. Pero explícanos...
EUG. Un desconocido... un infame se nos ha anticipado... He llegado tarde á todas partes. Cada persona á quien hablaba me recibia con un embarazo... como de quien ha adquirido compromisos... Yo me volvia loca, sin comprender, hasta que el secretario particular del ministro me lo ha revelado todo. Un pretendiente que se ha enterado, no sé por quién, de la vacante... se ha presentado al ministro en compañia de un senador, tres directores y cinco diputados.
ANT. ¡Qué horror!
EUG. Al recibir la noticia he estado á punto de desmayarme.
LUIS. ¿Pero no has podido saber quién es?
EUG. No... al salir del ministerio me he encontrado á la Condesa; he acercado mi coche al suyo y la he encontrado furiosa.
ANT. ¿Sabia ya?...
EUG. Que el infame desconocido habia estado en tres casas de donde ella venia.
LUIS. Pero eso es increible. Ese hombre es...
ANT. Una locomotora.
EUG. (*Con desesperacion.*) ¡Un secreto que no ha salido de nosotros... una vacante que habia nacido para tí!
ANT. (*Con cariño.*) Siéntate y tranquilízate, hija mia.
EUG. Luis, ¿yo supongo que tú no habrás revelado?...
LUIS. ¡Yo!
ANT. No, mujer.
LUIS. Esa sospecha me ofende.
EUG. Perdona, no sé lo que me digo. (*Mirando á su marido.*) Pues entonces...

ANA. ¿Vas á dudar de mí?... ¡Eso es horrible! (Estoy temblando de pies á cabeza.)

EUG. Es un contratiempo... Si yo pudiera saber... Es un escándalo que haya gentes que se arrojen asi sobre la primera vacante.

ANT. ¿Y qué quieres? no hay mas que resignarse. Yo lo siento...

EUG. ¡Resignarse! ¿Estás loco?

LUIS. Dice bien mi prima.

ANT. (¡Tunante!) Pero si yo estoy indignado... como tú...

EUG. Pues como yo es menester que tengas valor. Es preciso luchar con ese rival desconocido... arrebatarle su presa. Retroceder ahora seria una cobardia. Ademas, el ridículo caeria sobre nosotros... Es preciso que tengas corazon... orgullo... que seas hombre.

ANT. ¡Si lo soy!

EUG. ¡Ah! Si hubieses visto á la Condesa... «No te desalientes, me dijo; ahora voy yo á ver á una amiga y te respondo de conseguir algo.» ¡Qué interés por nosotros dos... por los tres!

LUIS. ¡Ah, qué buena es!

EUG. Conoce á quince diputados.

ANT. Pues es una friolera... Le llevamos diez de ventaja á nuestro enemigo.

LUIS. ¿Habeis visto al vuestro?

EUG. Contamos con su apoyo... Es un hombre muy formal. Todos los dias al levantarse arregla su reloj y sus discursos... (Á Antonio.) ¿Le has hablado?... ¿Vienes?...

ANT. (Distraido.) Del almuerzo... (Reponiéndose.) Fuí á su casa y me dijeron que le encontraria en el Cisne; pero cuando llegué se habia ido al Congreso.

EUG. Esta tarde le verás.

ANT. ¡Oh! esta tarde voy á los novillos.

EUG. ¡Cómo!

ANT. Seguro de encontrarle allí... Le gustan mucho.

EUG. Esta noche necesita que vengas conmigo.

ANT. Te advierto que se estrena ópera, y allí... podré ver á varios personajes.

EUG. De ningun modo. Á las ocho vá el general á casa de la Condesa, y es menester que te presente á él.

ANT. Bien; pero despues...

LUIS. Á las diez te voy yo á presentar al subsecretario de Ma-

rina.

EUG. ¡Al subsecretario!... ¡Ah! es una influencia...

ANT. ¡De Marina! Pero si yo sigo la carrera de Gobernacion...

LUIS. Él á su vez te presentará al ministro de tu ramo.

ANT. ¡Cómo te voy á silbar en lo primero que des al teatro. (Á Luis, bajo.)

EUG. (Sacando una lista y dos cartas.) Aqui tienes la lista de todos nuestros amigos... Es preciso escribirlos á todos... No hemos hecho nada.

ANT. (Mirando) ¡Jesus!. . Yo no conozco á tanta gente. ¿Te has copiado la *Guia de forasteros*?

EUG. Todos son amigos necesarios... En ciertas ocasiones es preciso acudir á todos.

ANT. ¿Y estas cartas?

EUG. Son dos articulitos que me ha hecho Luis para mandarlos á los periódicos.

ANT. ¡Dos nada menos!

EUG. Uno es poniendo al gobierno en las nubes en el caso de que te coloque.

ANT. ¿Y el otro?

EUG. Atacándole furiosamente por si no te llevas la plaza.

ANT. Pero esto es... (Inaguantable.)

JUAN. (Anunciando.) El señor don Blas...

ANT. (¡Cielos! ¡mi rival!)

LUIS. ¿El padre de Matilde? Quién sabe si será ese el desconocido...

EUG. ¡Qué idea!... Es posible... Yo le he visto dos ó tres veces...

ESCENA V.

DICHOS, BLAS, que entra jadeando y sin ver á Luis y Eugenia.

BLAS. ¡Mi querido Antonio!... (Le abraza.)

ANT. Aqui tienes á mi mujer.

EUG. Caballero, ¿de dónde viene usted asi?...

BLAS. (Ahogándose) Se....ñora... del Museo.

EUG. ¡Qué agitacion!... Suda usted como quien ha corrido...

LUIS. ¡Já, já!... Las cuatro partes del mundo.

BLAS. He estado en la Fuente Castellana... el canal... el Pardo...

EUG. Y su hija de usted aquí... sola... aburrida... esperándole toda la mañana...

ANT. (Haciéndole señas.) Pero si ya os ha dicho dónde ha andado...

EUG. Pues yo juraria que le habia visto á usted atravesar la Puerta del Sol... cuando salí del ministerio.

BLAS. Si, señora; cuando iba...

EUG. ¿Al canal?

ANT. (Haciendo señas.) Al Museo.

BLAS. Venia entonces de la Fuente Castellana.

EUG. ¿Y por la Puerta del Sol se dirigia usted al Museo?

BLAS. Como no sé bien las calles no es extraño que diese algun rodeo.

EUG. Pequeño ha sido... Tambien le he visto á usted pasar por delante del Congreso.

ANT. En direccion al Pardo... Es el camino mas derecho.

EUG. (Con intencion.) ¿Y cómo es que no ha empleado usted ese tiempo en sus pretensiones?

BLAS. No tengo gran prisa por colocarme.

EUG. ¿Y no ha oido hablar en esos sitios de ninguna vacante?

BLAS. De ninguna. Eugenia, yo creo que usted desconfia de mí...

ANT. Y no tiene motivo para ello...

EUG. No; usted no puede aspirar á la plaza que yo pretendo... y si cometiese esa locura perderia el tiempo en balde...

BLAS. Estoy convencido de eso...

EUG. Luis, en el despacho de Antonio te esperan las cartas urgentes de que te hablé antes... (Á Antonio.) Á la anochecer á casa de la Condesa.

LUIS. (Al mismo.) Á las diez á casa del subsecretario.

ANT. Y á las once... (al infierno.)

EUG. Á las once en casa. (Luis y Eugenia salen por la derecha.)

ESCENA VI.

BLAS, ANTONIO.

BLAS. (Dirigiéndose á Antonio con mucho misterio.) No me he escapado de mala...

ANT. ¿Pero qué hay de tus pretensiones?

BLAS. ¡Chico, victoria completa!

ANT. ¿Estás ya colocado?

BLAS. No; pero tengo grandes esperanzas.

ANT. ¡Bah! yo creia...

BLAS. Puede decirse que cuento ya con el nombramiento... ¿Tú sabes la gente que he visto?

ANT. Cinco diputados... tres directores... un senador...

BLAS. ¿Quién te ha dicho?...

ANT. No se habla en Madrid de otra cosa.

BLAS. ¿No te digo que es cosa segura?...Buen bocado es un gobierno, pero cuesta trabajo alcanzarlo... Estoy reventado... Por adelantarme á tu mujer he corrido mas que un cartero. ¡Qué subir y bajar escaleras!... Cuando llegué á casa del senador salia en su coche... eché detras de él, y antes de que se presentara delante del Senado ya estaba yo allí para darle la mano al apearse.

ANT. Pero, hombre, ¿tú has servido alguna vez de locomotora?

BLAS. No; pero quiero servir de gobernador.

ANT. ¿Es decir que tú esperas de un momento á otro tu panza de burra?

BLAS. Como que me he encargado ya el uniforme en una roperia de la Plaza Mayor.

ANT. ¡Bravo! Pues has de saber que eres un inocente... y que no has hecho nada.

BLAS. ¡Cómo!

ANT. Es cierto que has llegado antes que mi mujer á todas partes y que tienes tu negocio en buen estado; pero Eugenia, desesperada, ha hecho grandes esfuerzos y cuenta hoy con influencias que pueden dar al traste con todos tus trabajos.

BLAS. No la temo. Cuando yo me he decidido á encargarme el uniforme...

ANT. Al anochecer voy á ser presentado al general Lopez.

BLAS. Cuento ya con su palabra.

ANT. Á las diez me espera el subsecretario de Marina.

BLAS. El amigo de confianza del ministro... Es menester que te pongas malo...

ANT. No adelantariamos nada, porque Luis, que es quien tiene que acompañarme, se presentará á él...

BLAS. Es preciso discurrir un medio para suspender esa entrevista hasta mañana.

ANT. ¿Á tí, que eres un intrigante consumado, no te ocurre

nada? Un pretendiente debe preverlo todo.

BLAS. Impidamos á tu primo que asista...

ANT. ¿Pero cómo?... ¿De qué medio me valgo? (Al ver á Pedro, que aparece por el fondo.) ¿Quién es ese hombre?

BLAS. Es mi criado Pedro, que viene de repartir treinta cartas. (Á Pedro.) Pasa adelante... (Á Antonio.) Con tu permiso...

ANT. (Repentinamente.) ¡Ah! ¡qué idea me inspira la presencia de este hombre!... ¿Es listo?

BLAS. Si.

ANT. ¿De confianza?

BLAS. Ciega, ¿pero qué intentas?

ANT. Te has salvado.

PEDRO. Señor, ya he repartido las cartas: eran treinta y cuatro. Todo Madrid he tenido que correr... No puedo conmigo... Voy á descansar.

ANT. (Deteniéndole.) No, espera.

BLAS. Escucha con cuidado.

ANT. Nadie te conoce en esta casa. De un momento á otro entrará aqui un caballero que se llama don Luis Hernandez.

PEDRO. Don Hernandez... ya entiendo.

ANT. No, hombre, don Luis. Te acercas á él y le dices con mucho misterio...

BLAS. Á ver si te equivocas...

ANT. «Esta noche á las diez en punto, paseo de Atocha, un coche con dos caballos blancos y las cortinillas echadas pasará muy despacio.» ¿Te has enterado?

PEDRO. Si, señor.

BLAS. Comprendo la broma. Él pensará que es alguna cita y faltará á la que tiene contigo.

ANT. Él la tomará por la contestacion de una carta que ha escrito. Tú entre tanto á las diez en punto te presentas al subsecretario, excusas á mi primo diciendo que se halla enfermo, y pasas por mí.

BLAS. Pero eso es muy grave...

ANT. ¿Quieres ser hombre político y empiezas teniendo escrúpulos? En tu vida harás carrera.

BLAS. Pero si saben que te he suplantado...

ANT. Yo me encargo de arreglarlo todo.

BLAS. ¿Y mi conciencia?

ANT. ¿Y tu uniforme que estará ya hecho?

BLAS. ¡Es verdad, tienes razon!

ANT. ¡Ea, ves á buscar á tu pobre hija!
BLAS. ¡Mi hija! ¡Ah, no me acordaba de ella!
ANT. Es menester que la pasees.
BLAS. (Al ver á Luis, que aparece por la izquierda.) ¡Tu primo! Yo voy... (Váse por la derecha.)

ESCENA VIII.

ANTONIO, LUIS, PEDRO.

LUIS. (Á Antonio.) Acabamos de escribir diez cartas. Aqui las tienes. (Las pone en el velador.)
ANT. ¡Cuánto me alegro que salgas!
LUIS. ¿Por qué?
ANT. (Con misterio.) Hace una hora que pregunta por tí aquel criado. Ha estado en tu casa y le han mandado aqui.
LUIS. ¿De veras?
ANT. Aqui le tiene usted. (Á Pedro.)
PEDRO. (Acercándose.) ¿El señor don Luis Hernandez?...
LUIS. Yo soy.
ANT. (Toma un periódico haciéndose el distraido.) Escuchemos.
PEDRO. (Bajando la voz.) «Esta noche á las diez en punto, paseo de Atocha, un coche con dos caballos blancos y las cortinillas echadas pasará muy despacio.»
LUIS. (Bajo á Pedro.) ¡Calla!... ¿de parte de quién?...
PEDRO. No me han dado permiso para decirlo. Como se trata de mi señora...
LUIS. Bien, comprendo... (¡Ah, la contestacion á mi carta!... ¡Cómo me lo daba el corazon!)
PEDRO. Á las diez, señorito.
LUIS. (Con alegria.) No faltaré. Toma. (Dándole un duro.)
PEDRO. ¡Gracias! (¡Qué bien lo he hecho!)
ANT. (Le dá propina .. Y el otro la toma... Estos criados hacen siempre mas de lo que se les manda.)
LUIS. (Mirando el reloj.) (Las cinco. Dentro de algunas horas...)
ANT. ¿Qué, te vas?
LUIS. Tengo que hacer. Te advierto que no sé si podré recogerte á las diez; pero como el subsecretario está ya hablado puedes presentarte tú solo. No le digas nada á Eugenia.
ANT. Bueno, descuida, que no faltaré.
LUIS. Á esa misma hora tengo que hablar á otra persona en

tu favor.

ANT. Siempre en mi favor... Gracias.

ESCENA IX.

ANTONIO, solo.

ANT. (Con alegria.) ¡Perillan, ya me la has pagado! ¡Buen planton te espera! Veremos á ver quién vence á quién, quién gana la partida. Estoy haciendo fuego sobre mis mismos soldados... Soy traidor á mi partido... Cuando mi mujer llegue á descubrir... será ella...

ESCENA X.

ANTONIO, EUGENIA y la CONDESA, que salen por el fondo izquierda.

EUG. ¡Ah, con qué impaciencia te esperaba!

COND. Tambien yo deseaba verte.

EUG. (Á Antonio.) ¿Y Luis? Yo le creia aquí.

COND. (¡Cielos!)

EUG. (Á la Condesa.) ¿Qué tienes?

COND. (Reponiéndose.) Nada.

ANT. ¿Preguntas por Luis? Hace mucho tiempo que se fué. (Miento á las mil maravillas.)

COND. (Bajo á Eugenia.) ¡Cuánto me alegro! (Alto á Antonio.) Aquí me tiene usted convertida en cómplice de Eugenia... Vengo á intrigar con ella... (Á Eugenia.) Y á hablarte de ciertas cosas...

ANT. ¡Tanta bondad!...

COND. Ya sabrá usted que hemos sido engañados. Un enemigo ha sorprendido el secreto y se nos ha anticipado.

EUG. Un malvado...

ANT. Peor que eso, un pretendiente...

COND. Pero aquí traigo yo una carta que decidirá la cuestion.

EUG. ¿Qué dices?...

COND. (Sacando la carta.) Para el ministro... Es de un sujeto á quien no puede faltar.

EUG. ¿De algun personaje de la situacion?

COND. No; de un adversario político suyo. No viene puesto el nombre de usted porque convinimos en que usted la entregaría con una nota adjunta de sus méritos.

ANT. ¡Mis méritos!...
COND. Es preciso que la escriba usted en seguida.
EUG. Ya estás haciéndolo...
ANT. ¿Pero qué pongo? ¡Tendrá que ir en blanco!
EUG. Tu nombre... ¿No eres tambien elector?
ANT. Si, y vecino... y natural de Getafe.
COND. Con el nombre basta. Para un nombramiento no se necesita otra cosa.
EUG. Vamos, escríbela ó... lo hago yo.
ANT. Voy á hacerlo. (Si yo pudiese ver á Blas.) (Váse por la derecha.)

ESCENA XI.

EUGENIA, la CONDESA.

COND. ¡Gracias á Dios que estamos solas.
EUG. ¡Qué ocurre!
COND. Vengo á hablarte de tu primo Luis. ¡Estoy temblando!
EUG. ¡Habla pronto! ¿Qué sucede? Ya sabes que soy tu amiga íntima.
COND. (Sacando una carta de un sobre.) Toma, lee la carta que me ha escrito.
EUG. (Leyendo.) «La mujer, compañera de mi infancia, que »me ha permitido cuando niña decirla que la amaba, »no debe sorprenderse de que aquel amor, del cual »parece haberse olvidado, continúe siendo mi única fe»licidad.» (Suspendiendo la lectura.) ¡Qué pasion! (Continuando.) »Espero, por lo tanto, como un favor de que »depende mi vida, que me permita arrojarme á sus pies »y recordarla un amor que el tiempo y la ausencia no »han podido destruir... (Eugenia y la Condesa se miran. Continuando.) »Un instante... uno solo... lejos de ese ce»loso marido á quien tengo el derecho de aborrecer.— »Luis.»
COND. Ya ves que está ciego.
EUG. Ya lo sabia.
COND. ¡Qué! ¿Luis te ha dicho?...
EUG. Si, y tú misma. Tu disimulo te vende... El amor no se puede ocultar... y yo recuerdo que antes de casarte le querias...
COND. No lo niego. Cuando estabamos en el colegio venia to-

dos los dias á vernos con tu marido. Él fué mi primer amor... Pero yo necesitaba un dote... Luis era pobre... Mi familia se encargó de mi casamiento, y al volver él de un largo viaje me encontró unida con el Conde. Huyó mi presencia y volvió á ausentarse, y cuando yo le creia completamente curado me le encuentro mas ciego que nunca. Yo le perdono la ofensa que me ha hecho... comprendo que su amor tiene disculpa... y eso es lo que me hace temblar...

EUG. ¿Y tú qué piensas hacer? ¿Contestarle que desista?

COND. ¡Nunca! Me siento débil para entrar en explicaciones con un hombre á quien he amado. Mira, tú te encargarás de devolverle mi carta. Díle que me he incomodado mucho. Ríñele con dureza Házle creer que mi marido es mi felicidad, que si se empeña en perseguirme con su amor, me obligará á huir de los salones, á privarme de estrenar mis trajes. ¡Pobre muchacho! En fin, tú lo arreglarás de manera que él se convenza de que debe dejarme en paz. ¡Ah! que sepa que yo le perdono.

EUG. Confia en mí. Yo tengo sobre él alguna influencia. Mi marido quiere que se case, y yo ayudaré para que asi suceda.

COND. ¿Tú crees que él no se opondrá?

EUG. Es muy inconstante.

COND. ¡No le conoces! Ya verás como se resiste. Está loco por mí. ¡Silencio! tu marido.

ESCENA XII.

DICHAS, ANTONIO, luego BLAS y MATILDE.

ANT. (Entrando con un papel en la mano.) Aqui está la nota.

EUG. Trae, la meteré dentro de la carta... (Eugenia toma la carta y hace lo que dice.)

ANT. He puesto mi nombre, y... toda la parte relativa á mis servicios vá en blanco.

EUG. (Á la Condesa.) ¿Y á qué hora deberá entregarla?

COND. Cuanto antes...

EUG. (Al ver aparecer á Blas y Matilde.) ¿Qué es esto?

ANT. (Á su mujer.) Dame... no sea que vea... (Le toma la carta.)

BLAS. He venido á recoger á mi hija.

EUG. Pero si yo creia que se la habia usted llevado. ¡Pobre criatura! Se habrá aburrido esperando ahí sola, una hora larga.

MAT. No, han sido dos y media.

EUG. (Á la Condesa.) Esta niña es la prometida de Luis.

COND. ¡Ah! (Habla bajo con Eugenia.)

ANT. (Bajo á Blas.) ¿Tienes ahí una nota de servicios con tu nombre?

BLAS. Siempre llevo tres por si acaso...

ANT. (Rápidamente.) Venga una con disimulo. (Blas se la dá.) Esta carta es para el ministro, no tiene nombre de dador, entrégala ahora mismo, y esta noche eres gobernador.

BLAS. ¿Qué dices?

ANT. Silencio, que nos observa mi mujer.

EUG. (Al ver á Antonio enredando con la carta.) ¿Qué haces?

ANT. Andaba buscando lacre para sellar.

EUG. ¿Una carta que vas á entregar á la mano?

ANT. Es verdad, no sé dónde tengo la cabeza.

EUG. (Bajo á Antonio.) No le digas nada á ese bribon. (En el mismo instante Antonio le pasa la carta por detrás á Blas. Antonio al meter una nota deja caer la otra. Juego muy visible.)

ANT. Descuida. Pues no faltaba mas.

EUG. (Con ironia á D. Blas.) ¿Cuándo vuelve usted al Pardo?

BLAS. Muy pronto.

MAT. (Pero todos hablan bajo...)

EUG. De esta vez se llevará usted á su hija.

BLAS. No, señora; en este momento me es imposible.

MAT. ¡Papá!... ¿está usted en su juicio?

COND. Yo me la llevaré en mi coche á su casa.

BLAS. ¿Se vá usted á incomodar?...

COND. Tengo mucho gusto en ello... (Yo veré si se aman.) (Á Matilde.) Señorita...

MAT. Muchas gracias.

EUG. (Mirando á Blas impaciente por salir.) (¿Adónde irá ese hombre... tan alegre?)

ANT. (Bajo á Blas.) No pierdas un instante...

EUG. (¿Qué le dice mi marido?...)

COND. (Á Eugenia.) Adios. (La Condesa y Matilde salen por el fondo. Blas las sigue precipitadamente.)

ESCENA XIII.

EUGENIA, ANTONIO.

EUG. ¿Qué le decias á ese tonto de Blas?

ANT. Nada... Le hablaba de su hija.

EUG. (Reparando en la nota de Antonio caida en el suelo.) ¿Qué papel es ese? Se le habrá caido á Blas... (Recogiéndola.) Acaso me dé luz sobre esa alegria repentina...

ANT. (¡Cielos, mi nota!)

EUG. (Leyendo.) ¿Qué veo? ¡tu nota!... Pero si yo la puse dentro... ¿cómo se ha caido?... ¿Dónde está la carta?

ANT. (Con embarazo.) No sé... tú debes tenerla.

EUG. ¡Yo!... si me la pediste al entrar Blas... (Con recelo.) Antonio, ¿qué has hecho?

ANT. ¡Já, já!... perdona, pero la he perdido.

EUG. (Como herida por una idea.) ¡Ah! todo lo comprendo... se la has entregado á Blas... no me lo niegues... ¡Qué infamia, Dios mio! Todo lo adivino.

ANT. (Riendo.) Pues si, soy franco: se la he dado á mi enemigo... (Ademan de salir.) Pero mas tarde te explicaré las causas...

EUG. ¿Mas tarde? ¡Eso es indigno! Ahora mismo... me vas á decir...

ANT. ¿Qué quieres que te diga?... ¡Que he destruido en secreto todos tus planes... que yo soy quien he empujado á Blas para que se interponga en tu camino... Me he entretenido en ver cómo os haciais concurrencia... cómo corriais detrás de la misma liebre... mientras yo permanecia juez del campo.

EUG. ¡Caballero!...

ANT. Y en esa lucha yo hago justicia al mérito de cada cual... tú tienes un ojo muy certero... mas intencion... pero Blas corre mas que tú.

EUG. Basta ya de burlas...

ANT. Si no me burlo... no hago mas que defenderme.

EUG. Yo he venido á ser en esta casa un juguete... un...

ANT. Un molino de viento.

EUG. (Cambiando de tono y enterneciéndose) ¡Ah, qué desgraciada soy! ¿Pero qué falta es la mia para que asi me trates?

ANT. Mujer, si yo no te trato mal...

EUG. ¿Qué daño te he hecho? ¿Qué desgracia queria hacer caer sobre tí? Si he abusado de tu confianza ha sido por amor...

ANT. Comprendo; pero...

EUG. Mi amor hácia tí es el que me ha hecho ambiciosa... Si yo trabajo con tanto afan es por sacarte de la oscuridad en que vives...

ANT. Y en que deseo vivir...

EUG. Por tí es por quien yo tengo orgullo... por quien busco relaciones... por quien intrigo y pretendo... Yo no puedo sufrir que suban tan alto personas que valen menos que tú...

ANT. Eugenia, pero todas esas gentes tienen algun mérito... unos su talento... otros su ambicion... este parientes... aquel hijos... el de mas allá osadia... ¿Cómo quieres que yo, que no poséo ninguna de esas cualidades buenas y malas, me lance cuchara en mano al rancho del presupuesto?

EUG. Lo que á tí te falta es corazon.

ANT. (Con cariño.) Á tí te consta lo contrario.

EUG. Si me quisieras ya tendrias un título.

ANT. ¿Y para qué?

EUG. Para ennoblecer mi nombre. Cuando pienso que en tu levita no llevas ni una cruz ni una cinta...

ANT. Llevo una rosa cogida por tus manos... El color es el mismo.

EUG. ¡Ah! tú me has visto, insensible, romper muchas veces mi abanico de rabia en esos salones, donde todo el mundo entra precedido de un título, mientras á nosotros nos anuncian «el señor de Sanchez y su esposa.»

ANT. Si tú reflexionaras un poco no cambiarias ese modesto Sanchez por el mas ilustre nombre.

EUG. Es mi debilidad, lo confieso; pero no puedo contenerme. Si tuviera siquiera un blason... unas armas de familia...

ANT. Nada mas fácil. Yo te las encargaré mañana. En vez de águilas y lobos pondremos los sacos de azúcar de tus antepasados.

EUG. (Acariciándole.) Antonio, esposo mio, todavia es tiempo. Ese infame de Blas no habrá visto aun al ministro. Anda... ¡por tu pobre Eugenia!

ANT. (Con resolucion.) Es inútil; no insistas: no conseguirás

nada...

EUG. (Con desesperación.) (¿Por qué medio podria yo vencerle?) ¡Antonio!

ANT. ¡Nunca!

EUG. (Llorando y cogiéndole las manos.) ¡Qué desgraciada soy!

ANT. (¡Llora! Me vá á obligar á ceder si me quedo.) (Se dirige al velador á tomar el sombrero.)

EUG. (¡Dios mio! se vá... (Reflexionando.) ¡Un medio! ¡Ah, qué idea... La carta de Luis...) (Saca del bolsillo la carta y la deja caer de modo que Antonio lo observe.)

ANT. (Bajándose á recogerla.) ¡Estas malditas cartas!... toma... te se acaba de caer...

EUG. (Con fingido espanto.) ¡Ah! trae...

ANT. ¡Qué asombro!... ¿De quien es?...

EUG. (Con ademan de coger la carta que Antonio retiene.) No te importa...

ANT. Has despertado mi curiosidad, y quiero... (Abriendo la carta y mirando.)

EUG. Antonio... dámela...

ANT. (Sin hacer caso.) ¿Letra de mi primo?... ¿A quién escribe este tonto?... (Leyendo.) «La mujer compañera de mi »infancia, que me ha permitido cuando niña decirla que »la amaba, no debe sorprenderse de que aquel amor, »del cual parece haberse olvidado, continue siendo mi »única felicidad.» ¡Pero esta carta!...

EUG. (Insistiendo todavia en tomarla.) Te he dicho que no quiero que la leas... tu tendrás la culpa si luego...

ANT. ¡Bah!... me vá interesando... continuemos...

EUG. (Con alegria.) (Ya vá sospechando...)

ANT. (Leyendo.) «Espero por lo tanto, como un favor de que »depende mi vida, que me permita arrojarme á sus pies »y recordarla un amor que el tiempo y la distancia no »han podido destruir...» (¡Ah! ¡qué cara! Cree que es á mí...)

EUG. «Un instante... uno solo... lejos de ese celoso marido á

ANT. »quien tengo el derecho de odiar... Luis.» (Mirando á Eugenia.) (No hay duda, es á mi mujer...)

EUG. (Fingiendo confusion.) No me la has querido entregar...

ANT. Eugenia, lo que acabo de leer...

EUG. Te está muy bien empleado...

ANT. Me gusta. ¿Tú sabes á quién se dirige ese botarate?...

EUG. (Confusa.) No sé...

ANT. Eugenia, no soy celoso... pero á tí, no hay duda, es á quien Luis se dirige...

EUG. Pero yo no le he contestado...

ANT. Con que no me he equivocado... ¡Já! ¡já!... habrá que tomarlo á risa... Ese dramaturgo nada respeta...

EUG. (Con desesperacion.) (¡Lo toma á risa!...)

ANT. Ahora comprendo su empeño en colocarme... en ayudarte en tus pretensiones... ¿Queria alejarme? ¡Habrá pícaro!... para que yo me mueva...

EUG. (¡Qué oigo!...)

ANT. ¡Ah!... esa cita de que me hablaba hace poco y que yo providencialmente... ¡Já! ¡já... ¡Imbécil!... espera... tirita de frio... dá diente con diente... ¡Já! ¡já! con la noche que hace...

EUG. (Eso no se puede sufrir...) Y yo que temia tanto que descubrieses... (Con desconsuelo.) ¡Ah!... no me amas... un hombre que no siente celos... que no comprende la lucha que he sufrido en silencio...

ANT. ¡La lucha!...

EUG. Esa carta, que la casualidad ha puesto en tus manos, te explicará ahora mis proyectos... mi ambicion...

ANT. ¡Cómo! no entiendo...

EUG. Cuando tú me acusabas de vanidosa, yo no hacia mas que darte pruebas de cariño. ¡Ingrato! si yo trabajo con tanto afan por salir de Madrid, porque te den un gobierno, es por verme libre de las persecuciones de ese insensato.

ANT. ¡Calla! ¿pero no es esta la primera vez?

EUG. Me tiene alarmada con sus transportes de amor... me acosa con sus juramentos. No sabes lo ciego... lo loco que está.

ANT. ¿De veras?

EUG. (Acercándose mas.) Yo no puedo vivir en este Madrid, que me gusta tanto, mas que á tí, yo no puedo dar un paso sin tropezar con el peligro de que huyo, con el imprudente que me persigue. Me encierro en casa, y como él puede venir á cualquier hora... Tú estás siempre con tus amigos, en el café, en el teatro. Su osadia... yo le recibo por prudencia.

ANT. ¡Y yo que vivia tan tranquilo!

EUG. ¡Pero si no es solamente Luis!

ANT. (Con asombro.) ¿Qué me dices?

EUG. ¡Es un escándalo! En Madrid hay una porcion de ociosos que se dedican á perseguir á las mujeres casadas. ¡Es una cosa increible! Te acuerdas de aquel caballero con lentes que me hablaba con tanto calor la otra noche en casa?...

ANT. Si, un vizconde tonto.

EUG. Pues no puedes figurarte el rato que me dió. Me habló muy mal de tí.

ANT. ¡Hola!

EUG. Me dijo que andabas siempre de broma en broma. Que no parabas nunca en casa porque te aburrias.

ANT. ¡Tunante!

EUG. ¡Ah! y entre tus mismos amigos hay alguno... En fin, no quiero hablar. Tu empeño de vivir en la córte nos ha de causar muchos disgustos.

ANT. ¿Pero qué es esto? ¡Todo el mundo conspira contra los pobres maridos!

EUG. Ya ves, tu mismo primo se ha atrevido á pedirme una cita...

ANT. (Levantándose con furor.) Yo asistiré á ella por tí.

EUG. (Con miedo.) ¿Qué vas á hacer? ¡Dar un escándalo, comprometerte! Al verte celoso, creeria que era amado. ¿Quieres que el ridículo caiga sobre nosotros? ¿Que sirvamos de diversion á todos tus amigos?

ANT. ¿Qué me importa? No creas que ese temor me detiene...

EUG. ¡Un primo carnal! Detente. Te has vuelto tan loco como él. ¿Qué diria la familia? (Apoyándose en su espalda.) No hay mas que un medio, el silencio, la ausencia. Esa ambicion de que tú te burlas es la única que debe defender tu honor y el de tu mujer. ¡Gobernador! lejos de Madrid, muy lejos.

ANT. Nós seguirá á todas partes, á título de pariente.

EUG. Yo se lo prohibiré.

ANT. No puede ser. El remedio es tan extraño...

EUG. (Con explosion.) ¡Tengo necesidad de partir!

ANT. Eso es diferente. ¿Si no te sientes con fuerzas?...

EUG. Si, pero no quiero sufrir mas tiempo un asedio contínuo. Tú debes evitarlo. En Madrid no podrás tú hallar esa calma que necesitas para vivir alegre. ¿Qué decides?

ANT. (Paseando.) (¡Bah! no hay otra salida. Si yo mato á ese

hombre...)

EUG. Contesta.

ANT. Que prefiero ser gobernador, á esposo desgraciado.

EUG. (Abrazándole.) ¿Consientes? ¡Ah! qué bueno eres, Antonio mio.

ANT. (Furioso.) Si, consiento por desesperacion. ¡Al diablo la justicia! ¡al diablo la amistad! Me entregaré á la corrupcion, al soborno. ¡Nada habrá que me resista! Raza de pretendientes, caeré sobre vosotros como una tormenta.

EUG. ¡Tu energia me entusiasma!

ANT. (Cogiendo el sombrero y dirigiéndose con gran prisa á la puerta.) ¡La patria me llama! ¡el presupuesto me espera!

ESCENA XIV.

DICHOS, BLAS.

BLAS. (Que entra con un puñado de papeles en la mano.) ¡Antonio de mi vida!

ANT. (Dejándole caer de un empujon en una butaca.) ¡Quita allá, majadero!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los anteriores.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, luego la CONDESA.

JUAN. (Sentándose en el sofá.) ¡Ah! estoy reventado. Cuarenta y dos cartas he repartido. Y se quejaba el criado de don Blas de que yo no tenia que hacer. Por muchas que él lleve... mi señorita gana á todo el mundo en eso de escribir. Esta mañana se acabaron la tinta y el papel... ¡Parece mentira! Dos frascos traje hace tres dias. Hace veinticuatro horas que la casa es un infierno! hasta el aguador tuvo que llevar anoche una esquela. Si esto sigue asi... se me figura que pido la cuenta. La señorita me dice que cuando el amo suba, yo no sé adónde, me hará cartero. Bien me estoy ensayando en el oficio. Los bolsillos de mi chaqueta parecen los buzones del correo interior. Contra mas cartas saco, mas encuentro; yo creo que ademas de las que me dan en casa, me las van echando por la calle los que pasan...

COND. (Que entra.) ¡Juan!

JUAN. (Levantándose.) (¡Ah!) Señorita..

COND. Diga usted á la señora que estoy aqui.

JUAN. En el gabinete está escribiendo.

COND. Bien, aqui espero.

ESCENA II.

La CONDESA, LUIS.

Luis entra con el sombrero calado hasta las orejas, el gaban abotonado, el cuello subido; las manos en los bolsillos. Furioso y tiritando de frio, se dirige al público sin ver á la Condesa, que se entretiene en hojear un libro, y que tampoco repara en él.

LUIS. ¡Ah!... ¡furf... ¡furf!... no pue... no... pue...do... ha... blar... Ven...go... helado... Tres horas... de planton... en Atocha... sin ver un solo carruaje... Tirita que ti... ri...ta... ¡Buen chasco me han dado!...

COND. (Al verle.) ¡Luis!

LUIS. (Tiritando.) Se...ño...ra... Se...ño... lo que... usted ha... he...cho conmigo... no tiene... nom...bre... (Reparando en la chimenea que arde.) ¡Ah!... la chi...chi...menea! (Se acerca á ella.)

COND. (Riendo.) ¿Pero qué le ha dado á usted?

LUIS. (Volviendo hácia ella.) Eso es... ríase usted... añada usted la burla al insulto.

COND. (Séria.) No comprendo...

LUIS. (Volviendo al fuego.) Ahora vengo de la cita que usted me ha dado.

COND. ¿Yo una cita?

LUIS. (Viniendo otra vez con el fuelle en la mano.) En el paseo de Atocha, donde he estado á punto de helarme. El coche que debia pasar con los caballos blancos y las cortinas echadas no ha parecido. La lluvia y el frio, me han arrojado de allí en la disposicion que usted vé. ¿Está usted ya satisfecha de su broma?

COND. ¿Pero está usted en su juicio, Luis?

LUIS. (Sin poder manejar el fuelle.) No puedo soplar. Lo que estoy es hecho un carámbano, un sorbete. ¿Trata usted de negar?...

COND. ¿De negar? Lo que empiezo á creer es que ha sido usted víctima de alguna burla pesada.

LUIS. No ha sido burla, sino un asesinato. Por eso quiere usted hacerme creer que no me ha dado usted una cita.

COND. ¿Yo?

LUIS. En contestacion á la carla que la escribí.

COND. No, señor... yo no he escrito á usted.

LUIS. No ha sido por escrito, sino por medio de un criado, á quien me mandó usted con mucho misterio para que me dijese las señas y el lugar donde debiamos vernos.

COND. Aseguro á usted por mi honor que á Eugenia es á la única á quien he encargado de contestar á usted. Alguna otra dama sin duda es quien se ha entretenido con usted...

LUIS. Alguna otra... ¡Ah! se han burlado de mí completamente. Si yo supiera... Señora, usted perdone... (Tratando de quitarse el sombrero.) Haga usted el favor de quitarme el sombrero... tengo las manos garfias.

COND. (Quitándole el sombrero.) Luis, ¿usted quiere darme una prueba de cariño?

LUIS. ¿Que si quiero?... Cuando por usted acabo de quedarme como los centinelas de la Punta del Diamante...

COND. Pues bien; renuncie usted á ese amor, que es una locura.

LUIS. ¡Que renuncie!

COND. Mi honor y mi tranquilidad necesitan de ese sacrificio.

LUIS. ¿Quiere usted hacerme mas desgraciado?

COND. Usted puede ser feliz fácilmente .. Matilde le ama á usted .. Es bella... rica...

LUIS. Señora...

ESCENA III.

LUIS, la CONDESA, EUGENIA.

EUG. ¡Luis aqui! ¡qué imprudente!

LUIS. (Á Eugenia, que entra asustada.) ¿Qué tienes?

COND. ¿Por qué tiembla usted asi? ¿Es que todo vá mal?

EUG. No; vá mejor que nunca... he descubierto al traidor.

COND. ¿Quién era?

EUG. Ya te lo diré... Todo estaba perdido; pero he acudido á un medio algo peligroso... una estratagema que me perdonarás.

COND. ¡Yo! ¿qué tengo que ver?...

EUG. Ahora lo que necesito es que Luis se marche en seguida. Mi marido puede venir de un momento á otro, y si le encontrara aqui...

LUIS. No comprendo...

EUG. No hace falta. Anda, vete en seguida.

LUIS. ¿Pero cómo me he de ir sin saber?...

EUG. (Á la Condesa.) Tú que tienes influencia, ruégale que se vaya... Por Dios, Luis...

COND. Obedezca usted.

EUG. ¡Ah! ya es tarde... ¡Mi marido!

ESCENA IV.

DICHOS, ANTONIO.

ANT. (Á Eugenia.) Vengo de hablar al ministro... de sacrificarme... ¡Pobre Blas! (Reparando en la Condesa.) Señora... (Al ver á Luis.) ¡Ah! tú tambien!...

EUG. (Bajo á su marido.) Prudencia, Antonio.

LUIS. (Á Antonio.) ¿Estás ya satisfecho, primo?

ANT. Si, muy satisfecho. (¡Vaya una insolencia!)

EUG. La Condesa y Luis acaban de venir á saber la respuesta del ministro.

ANT. ¿La respuesta de la carta, eh? (Refiriéndose en la intencion á la otra.)

COND. ¿Está usted contento?

ANT. Si, señora; vengo encantado de mi osadia. Encontré al ministro en el Congreso y le hablé del asunto con una familiaridad... Me recibió muy bien y me dijo... (Mirando á Luis.)

LUIS. Vamos, ¿qué te dijo?

EUG. (Bajo.) (¡Antonio!...)

COND. Concluya usted.

ANT. (Calmándose.) Su excelencia me dijo que reconocia... mi capacidad... mis méritos... y que me comprometia su palabra de darme la plaza.

EUG. ¿Cuándo?

COND. En cuanto la deje mi marido.

LUIS. Primo, te doy la enhorabuena.

ANT. Gracias. ¿Deseas que me marche pronto? (Con ira.)

LUIS. (¡Qué tono!)

EUG. ¡Silencio! (Bajo á Antonio.)

ANT. Al tiempo de salir me encontré al pobre Blas, que no habia entregado su carta todavia, y á dos diputados amigos mios de colegio, que se encargaron de apoyar mi pretension.

EUG. ¡Ah! ¡soy feliz!

COND. Esos dos amigos podrán hacer mucho.

LUIS. Yo lo creo... amigos de la infancia empeñados...

ANT. (No hay aguante.) ¿Empeñados en hacerme dichoso?... amigos de esos que hacen de su amistad un instrumento... que tienen una furia de escribir...

EUG. ¡Antonio!

LUIS. No comprendo á quién aludes...

COND. ¿Pero qué quiere usted decir?...

ANT. Perdone usted, señora; pero estoy muy preocupado con la traicion de un insensato... de un majadero... de un amigo de la infancia, que no haciendo caso de los desdenes de una mujer...

EUG. (Bajo.) (¿Pero no me habias prometido?...)

COND. (Con inquietud.) ¿Pero usted cree?...

ANT. Si, señora: yo no la conozco... pero sé por fortuna que la dama perseguida es persona de honor... y yo por espíritu de cuerpo he tomado la defensa del honrado marido, sobre cuya ausencia se trataba de formar un plan de infamia.

COND. (¡Cielos!)

EUG. ¡Todo ha concluido!

LUIS. Pero, chico, tú te olvidas..

ANT. ¿De qué, mi querido primo? (Se acerca á él.)

LUIS. (Bajo.) De que á tí no te interesa.

ANT. ¿Que no me interesa? ¡friolera!

EUG. (Á la Condesa.) (No tengas cuidado; á tí no te interesa.)

COND. ¡Cómo!

ANT. El plan ha sido deshecho, y esta carta... (Sacando la carta.)

COND. ¡Dios mio! (¡Mi carta!)

ANT. (Á la Condesa.) ¿Qué decia usted?

EUG. (Á la Condesa.) No contestes. (Á Antonio.) Estás comprometiendo á todo el mundo.

LUIS. Caballero, esta es una broma demasiado pesada...

ANT. ¡Broma! (¡Me gusta!)

LUIS. Ha tocado usted á un punto...

ANT. ¿Que será preciso discutir fuera de aqui?

COND. (Conmovida.) Cualquiera que sea el imprudente á quien usted se dirige, esta leccion le hará comprender su error, y le decidirá á sacrificar esa pasion al reposo de sus amigos. La mujer á quien ama le hará conocer, antes de que su marido se entere...

ANT. El marido está enterado.

COND. (Con espanto.) ¿Sabe?...

EUG. (Á la Condesa.) No sabe nada.

ANT. (Á Luis.) Agradece que...

LUIS. Tú eres el que debes agradecerme á mí...

ANT. ¡Yo! (¡Pero este hombre es un loco!)

LUIS. (Adelantándose al centro de la escena.) La persona á quien se acusa... en vista de la traicion de que ha sido víctima... sabrá encerrar un amor sin esperanza en el fondo de su pecho... y olvidar los agravios que ha recibido.

ANT. ¡Los agravios!

LUIS. Caballero, le he dicho á usted y le repito que no tiene nada que ver con el asunto de que aqui se trata.

ANT. ¡Que no tengo que ver!

LUIS. Entre nosotros hay una cuenta pendiente que ya arreglaremos.

ANT. ¿Qué dices? ¡Ah! ¡miserable!

EUG. (Interponiéndose y empujando á Luis.) Sal en seguida. (Á la Condesa.) Entra en mi cuarto y espérame. (Á su marido.) Tenemos que hablar.

ESCENA V.

ANTONIO, EUGENIA.

ANT. ¿Dónde se ha visto insolencia como ella? Provocarme asi...

EUG. No hablemos de eso.

ANT. ¿Has perdido la cabeza? ¿De qué he de hablar mas que del insulto? ¡Atreverse á pisar todavia esta casa!... Que dé gracias á la Condesa de no haber salido por una ventana... Pero yo le buscaré.

EUG. (¡Jesus!) No harás tal cosa; ocupémonos ahora de lo esencial. ¡Yo estoy loca en pensar que muy pronto seré gobernadora! El camino de los honores se abre delante de nosotros... Y una vez en carrera, ¿quién podrá detenerse? De Soria pasarás á Toledo...

ANT. Daremos un paseo por toda España...

EUG. ¡La presidencia de las funciones... las grandes cruces!... ¡Qué triunfo tan completo!

ANT. Ten cuidado con un naufragio... Todavia no ha salido el nombramiento en la *Gaceta*. El ministro...

EUG. Te ha dado su palabra.

ANT. ¡Contarán tantos con ella!

EUG. ¿Cuándo te nombran?

ANT. Esta noche.

EUG. (Con emocion.) ¡Esta noche! ¿Y tendrás que presentarte en palacio?

ANT. ¿Á qué?

EUG. Á despedirte de su majestad.

ANT. ¿De su majestad, que no me conoce?

EUG. Es la costumbre... ¡Ah! no te apures, ya te he mandado hacer el uniforme.

ANT. ¡Válgame el cielo! Es lo primero en que piensan cierta clase de pretendientes.

ESCENA VI.

DICHOS, JUAN.

JUAN. Señor, esta carta acaban de traer con mucha urgencia.

EUG. ¡Un pliego!... ¡Sello del ministerio!...

ANT. (Mirando el sobre.) ¿Qué es esto?

EUG. ¿Qué ha de ser? Lee pronto... ¡tu nombramiento!

ANT. (Abriendo.) Es del secretario particular del ministro.

EUG. ¿Que dice?

ANT. (Al Criado.) Retírate; no tiene contestacion. (Váse el Criado.)

EUG. ¡Pronto! ¿De qué se trata?

ANT. De que hay una segunda persona que hace grandes esfuerzos cerca del ministro para llevarse la plaza.

EUG. ¡Don Blas!... no me cabe duda. Pero el secretario...

ANT. Añade que es precisa mi presencia para explicar cierta carta que la persona á quien se refiere ha presentado.

EUG. (Fuera de sí.) La carta de la Condesa... ¡Infamia como ella! ¡Yo creí que se la habias recogido! Corre, no te detengas; demuestra que es un traidor, un falsario.

ANT. Hasta dentro de media hora me indica que no podré ver al ministro, que es quien desea saber cuál es el verdadero recomendado

EUG. ¡Media hora de dudas, de infierno!

CRIADO. (Anunciando.) El señor don Blas Cerezo. (D. Blas aparece con un enorme lio debajo del brazo y baston con borlas, seguido de Matilde.)

ESCENA VII.

DICHOS, D. BLAS, MATILDE, la CONDESA, que aparece á la puerta de la habitacion por donde entró Movimiento general de asombro al ver á don Blas.

COND. Pero, Eugenia, ¿no vienes?
EUG. (¡Cielos! este hombre otra vez, tan alegre...)
ANT. ¡Já, já! Pero ¿qué es esto? ¿Qué traes debajo del brazo?
EUG. ¿Cómo tiene usted valor de venir cargado?... ¿Pero qué aire de satisfaccion es ese? ¡Ah! un baston de mando.
ANT. Le habrán nombrado gobernador.
EUG. ¡Imposible! Yo no puedo creer... Es un escándalo inaudito. La prensa, las cámaras pedirán explicaciones.
ANT. Pero, hombre, habla, si tu severa posicion te lo permite. Todavia no estás presidiendo ninguna procesion.
BLAS. (Abriendo el lio y sacando un uniforme de gobernador.) Señores, ¿qué les parece á ustedes este uniforme?
COND. Parece de municipal. (Á Eugenia.)
EUG. ¡Qué miro! Antonio, explícame...
BLAS. ~~Contesten ustedes.~~
ANT. Á ver, póntele. (D. Blas se pone la casaca.) Chico, para ser de roperia... pudiera estar peor. Vuélvete de espaldas. (Se vuelve.) Señores, por detrás parece un gobernador.
BLAS. Pues bien, dentro de una hora recibiré mi nombramiento.
EUG. ¡Cómo! ¿Todavia no le han nombrado á usted? Pues entonces, ~~¿cómo se ha atrevido á vestirse?~~
BLAS. Para que vean ustedes ~~cómo me sienta~~ el traje. (Risa general.)
EUG. Es lo que yo decia: el ministerio no puede cometer semejante torpeza. Un hombre sin méritos antepuesto á mi marido, que cuenta con...
BLAS. Con los de nuestro Señor Jesucristo. ¿Es decir que usted tiene todavia esperanzas?
EUG. (Riendo.) ¿Pues no las he de tener? ¡Já, já! qué chasco le espera á usted.
BLAS. ~~(Se quita la casaca.)~~ Usted será la chasqueada. Vengo á despedirme. ¿Quieren ustedes algo para Soria?
ANT. Hombre, mándame un cajon de mantequillas.
EUG. (Á Antonio.) ¿Pero tú crees?...

ANT. Mujer, le han de dejar con el uniforme hecho?

EUG. ¡Já, já! (Con ironia.) ¿Y cuándo es el viaje?

BLAS. (¡Qué risas!... ¡Me estarán preparando algun lazo!)

COND. (Á Matilde.) Hija mia, tengo que hablar con usted.

MAT. ¿Conmigo? (¿Qué tendrá que decirme?)

COND. Vamos al gabinete de Eugenia. Yo os acompaño. (Á Antonio) Voy á escribir al secretario particular anunciándole tu visita.

BLAS. (Con recelo.) (¡Qué misterios!) Yo tambien tengo que salir.

ANT. No, espérate, tengo que decirte...

EUG. (Á Antonio.) ¡Cuidado con una nueva traicion!

ANT. Descuida; las circunstancias han variado.

EUG. (Á D. Blas.) Señor gobernador en esperanza, hasta luego. (Váse riendo con Matilde y la Condesa.)

MAT. (Á D. Blas.) Papá, que no te vayas sin despedirte, como acostumbras.

ESCENA VIII.

D. BLAS, ANTONIO.

BLAS. ¿Qué tienes que decirme?

ANT. Que cuentas con un enemigo.

BLAS. ¿Con un enemigo?

ANT. Poderoso.

BLAS. ¡Bah! ¿Quién es?

ANT. Yo.

BLAS. ¡Tú! Imposible.

ANT. Mi palabra. Circunstancias de familia...

BLAS. Te han hecho cambiar de resolucion. ¿Tratas de pretender mi plaza?

ANT. No trato; la he pretendido y espero conseguirla.

BLAS. ¿Me has hecho traicion? ¿Me has vendido?

ANT. No; he dejado simplemente de ayudarte.

BLAS. ¿Tú te atreves á ser gobernador?

ANT. Al verte á tí. . ¡Qué quieres, el mal ejemplo!...

BLAS. ¡Desgraciado! ¿Pero tú sabes lo que vas á perder? Tu independencia... Esta vida de libertad y de placeres á que estás tan acostumbrado, ¿quieres cambiarla por una vida monótona, fastidiosa, de etiqueta, de esclavitud, de expedientes y de intriga? ¿Dejar á tu Madrid

por Soria... por un lugaron triste y feo?...

ANT. ¿Pues entonces por qué pretendes tú con tanto ahinco?

BLAS. Yo es otra cosa... yo padezco una enfermedad crónica que no puede curarse mas que con un empleo... yo necesito esa lucha de diputados, de electores, de contribuyentes y de periódicos mas ó menos políticos.

ANT. Yo tambien quiero disfrutar de ella.

BLAS. Antonio, tú has perdido el juicio... Tú no sabes lo que es esa vida de enemigos, en que cuando favoreces á uno tienes que perjudicar á otro. Y ademas, por bien que te portes, por grandes que sean tus servicios, el dia menos pensado por colocar á un pretendiente mas intrigante, por hacer un hueco á algun imbécil, te dejan cesante.

ANT. (¡Pero estos locos, qué bien discurren cuando se trata de los demas!) Pero todos esos inconvenientes son los que tú buscas.

BLAS. Yo tengo el alma ulcerada... hace diez años que padezco en la oscuridad. Yo necesito elevarme por cima de la multitud, abrirme camino á través de esa turba de ignorantes y de aventureros. Yo he nacido para las grandes luchas, y necesito poner el pie en el primer escalon para llegar al último.

ANT. (Observándole.) Nada... en tratándose de él el intervalo lucido desaparece.

BLAS. Mi querido Antonio, (Acariciándole.) tú desistirás de tu pretension. Ademas, ya es tarde; yo estoy casi nombrado. ¿No es verdad que desistes?

ANT. No puedo.

BLAS. ¿Es decir que te has dejado dominar por tu mujer?... ¿que juega contigo como con un niño? Eso es ridículo. Si tú no sabes sostener tu decoro, yo le sostendré. Tendré una entrevista con ella.

ANT. ¡Dios te libre! Blas, todo es inútil. El ministro me ha prometido...

BLAS. Pero ¿y la carta que yo le he entregado?

ANT. Dentro de media hora sabrá que por una equivocacion lleva dentro tu nota.

BLAS. ¡Dios mio!... ¡Antonio, no me provoques!...

ANT. Haz lo que quieras.

BLAS. No sabes de lo que soy capaz... Yo veré al ministro y le diré que eres un hombre sin méritos, sin talento,

que no has sido empleado nunca, un imbécil...

ANT. No le digas eso, porque vá á creer que le haces tu retrato.

BLAS. Yo le contaré que tú no deseas la plaza, pero que, esclavo de tu mujer, la pretendes por satisfacer su vanidad. Y si este recurso no basta yo apelaré...

ANT. ¿Á la opinion pública? ¡Me inspiras lástima!

BLAS. Yo te aseguro que he de vengarme.

ESCENA IX.

DICHOS, EUGENIA.

EUG. El secretario particular te espera. Ya es la hora. No pierdas mas el tiempo.

ANT. Voy corriendo.

BLAS. (Interponiéndose.) No irás. En nombre de mi amistad te lo suplico; en nombre de...

ANT. ¿De tu uniforme?...

EUG. De su baston de mando...

BLAS. ¡Ah! si te nombran en mi lugar... si sucumbo en la lucha... te juro...

ANT. ¿Qué?

BLAS. Que quedaremos reñidos á muerte.

ANT. (Con desden.) Adios.

BLAS. Un momento... Haz algo por mí... cómprame el uniforme.

ANT. ¡Já, já! ¡Si quepo en una manga! (Váse.)

BLAS. (Á Eugenia.) Señora, usted es quien responde de esta traicion... de su desgracia... de la mia...

EUG. (Riendo.) Yo le respondo á usted de que no irá á Soria.

BLAS. ¡Ambiciosa!

ESCENA X.

DICHOS, la CONDESA, MATILDE.

BLAS. ¡Ah, mi hija! Me voy con ella.

MAT. Papá, la Condesa...

BLAS. Vámonos.

COND. Antes tengo que aclarar un misterio.

BLAS. Lo sé todo. Víctima de la mas inícua de las traiciones,

he sido sacrificado por un amigo.

Eug. (Alegremente.) No hagas caso... jugabamos á un mismo juego y yo he ganado la partida.

Cond. No es de usted, de Matilde es de quien quiero hablarle. Acaba de revelarme el secreto que encierra su corazon...

Blas. Señora, no puedo ocuparme ahora de mi hija.

Cond. Ante todo es usted padre de familia. Ella ama, y es preciso que usted sepa...

Mat. Papá, no te incomodes...

Blas. ¿Quién es la persona?... Me lo figuro...

Cond. Un jóven que puede aspirar á su mano. Tiene muchos títulos... Eugenia y yo respondemos de él... Usted ya le conoce.

Blas. (Con desden.) ¿Luis?... ¿Un loco que ha dejado su carrera?... ¡Nunca!

Mat. ¡Dios mio!

Cond. Apenas se lo indique Matilde, le verá usted ocupar su plaza de nuevo... ascender...

Blas. Hace tiempo que seria gobernador si no hubiese cometido la calaverada... Propuesto ha estado varias veces.

Cond. Pues entonces...

Blas. No espero que se enmiende... no sirve para la política.

Mat. ¡Ah, Luis!

ESCENA XI.

DICHOS, LUIS.

Eug. (¿Á qué viene?)

Luis. Acabo de recibir un recado urgente de Antonio para que venga aqui.

Eug. ¿De Antonio? ¡No comprendo! Algun error...

Luis. No; vuestro criado es quien me ha llevado el aviso.

Cond. (Á Luis.) Sin duda quiere que ese amor imprudente termine antes que el público... Una sola palabra de usted bastaria para explicarlo todo...

Luis. ¡Una palabra mia!

Blas. (Ya empiezan los secretos.) (Á su hija.) Vamos...

Mat. Un momento...

Cond. (Á Luis.) Aqui tiene usted á don Blas, que sabe que us-

ted ama á su hija... Un poco de valor... pídale usted su mano...

LUIS. ¡Yo! Y usted me suplica...

COND. Usted la ha querido antes... ¡Mire usted qué bella es! Le ama á usted con delirio.

LUIS. ¿Pero ahora mismo?...

COND. Mi honor lo exige. Usted ha puesto en peligro mi reputacion...

BLAS. (Mirando.) ¿Qué le dice?) (Á Luis.) Usted pretende tambien?...

LUIS. (¡Tiene razon!) No, señor... yo no pretendo mas que la mano de Matilde.

MAT. ¡Dios mio!

BLAS. Perdone usted... yo no puedo ahora resolver... Mi conciencia me impide ademas unirme con mis enemigos. Usted ha conspirado... (Á su hija.) Matilde...

MAT. (Llorando.) ¡Padre mio!...

ESCENA XII.

DICHOS, ANTONIO.

EUG. (Al verle.) ¡Ah, mi marido!

ANT. (Muy alegre, á Blas.) ¿Te vas ahora que yo llego?

BLAS. Por lo mismo...

EUG. No le hagas caso. Dí, ¿qué hay?

ANT. ¡Un triunfo completo!

EUG. ¡Qué oigo!

BLAS. (Con profunda desesperacion.) (¡Ah! ya no hay remedio.)

ANT. (Sosteniendo á Eugenia.) Tranquilízate, mujer...

EUG. La felicidad me mata... me vuelve loca... haber conseguido tan pronto...

ANT. Es verdad... el nombramiento está ya firmado... mañana al salir el sol, el improvisado gobernador saldrá para Soria...

EUG. ¿Mañana mismo?...

ANT. Si; ha sido nombrado con la condicion de que abandone á Madrid inmediatamente... yo espero que asi lo hará...

BLAS. ¡Chico! que lleves feliz viaje...

ANT. No; yo no saldré de aqui...

BLAS. ¡Cómo! ¿Pues no eres tú el nombrado?..

ANT. No...

EUG. ¡Dios mio!..

BLAS. ¿Pues quién es entonces?.. ¿Acaso haciendo justicia á mi méritos?..

ANT. Si; teniendo en cuenta tus méritos... y los mios... el agraciado ha sido Luis...

LUIS. ¡Yo!...

TODOS. ¡Luis!.. (Con desesperacion.) ¡Me han perdido!...

ANT. Hace tiempo que tenia á ese puesto... derechos que yo le he hecho reconocer al ministro...

EUG. (Fuera de sí.) ¡Tú!..

ANT. (Á Eugenia.) Si; era preciso que se separase de nosotros: él se vá y yo me quedo... se han trocado los papeles; pero hemos conseguido el mismo resultado.

EUG. Me has sacrificado...

BLAS. Ya estamos iguales...

ANT. Y como el nuevo gobernador necesita una mujer que haga los honores... como su corazon está libre de toda pasion... (Á Blas.) yo te pido en su nombre la mano de tu hija... Asi el gobierno se queda en la familia.

BLAS. Si mi hija quiere...

MAT. Yo no soy inconstante...

ANT. (Á Luis.) Y en cuanto á esa carta...

COND. (Bajo á Antonio.) La carta que usted éncontró... era para mí... ¡Me ha salvado usted!..

ANT. (Mirando á su mujer.) Ah! ¿Con que todo ha sido un lazo?...

CAND. (Mirando á todos.) Pero qué silencio... ¿qué tristeza es esta?... (Todos siguen como suspensos.)

ANT. Es que todos los molinos se han quedado parados... (Á Eugenia.) ¡Esposa mia!.. he recobrado mi independencia... ¡Yo no he nacido, créelo, mas que para vivir contigo!.. ¡es mi única ambicion!..

EUG. (Dirigiéndose al velador y cogiendo una de las cartas.) Ya no tiene remedio... pero voy á mandar á los periódicos de oposicion este artículo en que se trata al ministerio como merece.

BLAS. Venga: yo le llevaré ahora mismo.

ANT. (Al público.) Está visto, señores: cierta clase de locos no tienen cura, como demuestra el Gran Cervantes.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 2 de Enero de 1860.

El censor de teatros,

Antonio Ferrer del Rio.

Zarag.a 18 de Marzo 1861.

Puede egecutarse omitiendo lo tachado en la pág.a 5.a

[illegible]

OBRAS DRAMATICAS DEL MISMO AUTOR.

Los pobres de Madrid.
Una mujer de historia.
Un sobrino (zarzuela).
Madrid en 1818.
El camino de presidio.
Culpa y castigo.
Por ser ella sin ser ella.
Los fugitivos de la India.
Dos mirlos blancos.
Soberbia y humildad.
Una heroina de Capellanes.
Los molinos de viento.
Los lazos del vicio.